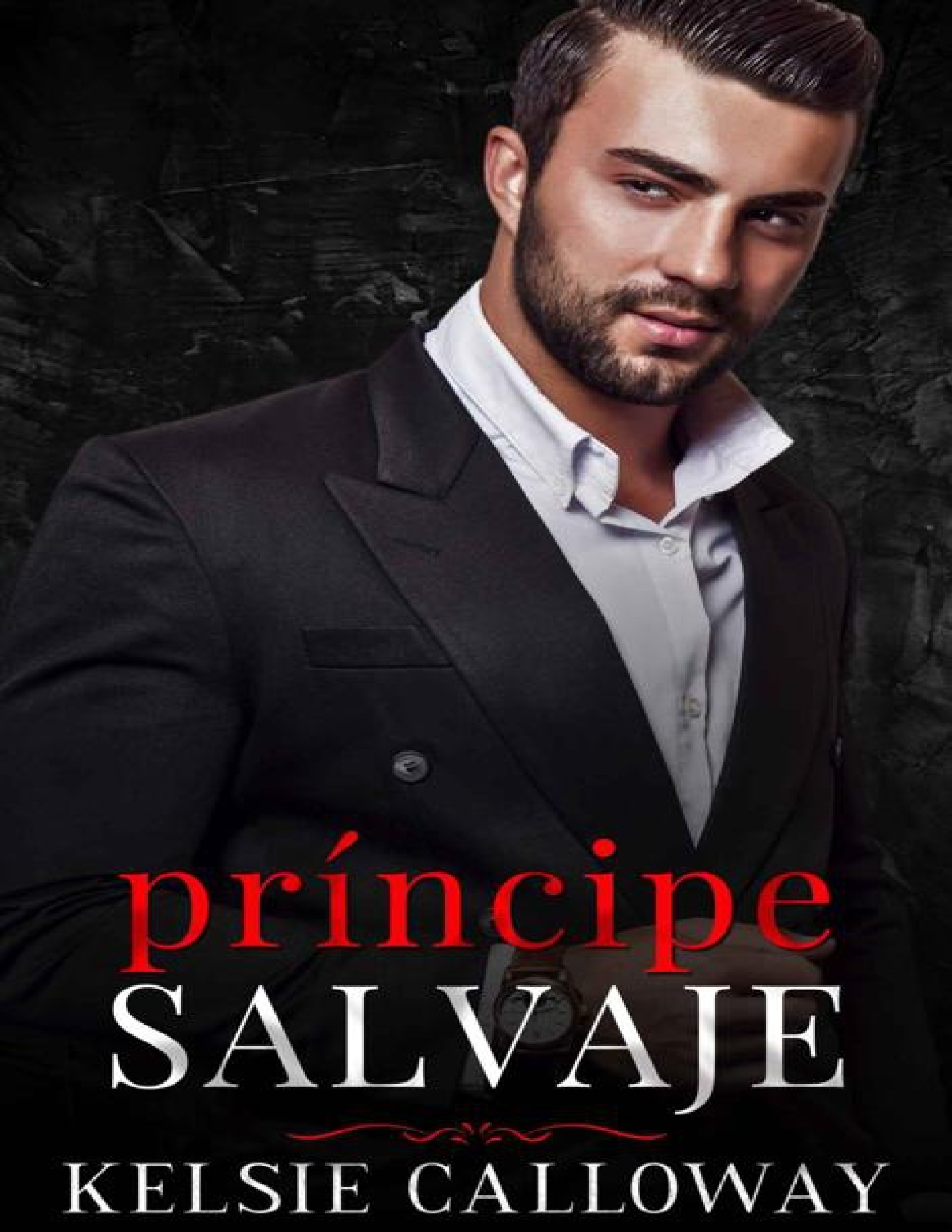




príncipe
SALVAJE

KELSIE CALLOWAY

PRÍNCIPE SALVAJE

UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO

LA FAMILIA DEL CRIMEN VALENTI

LIBRO CUATRO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

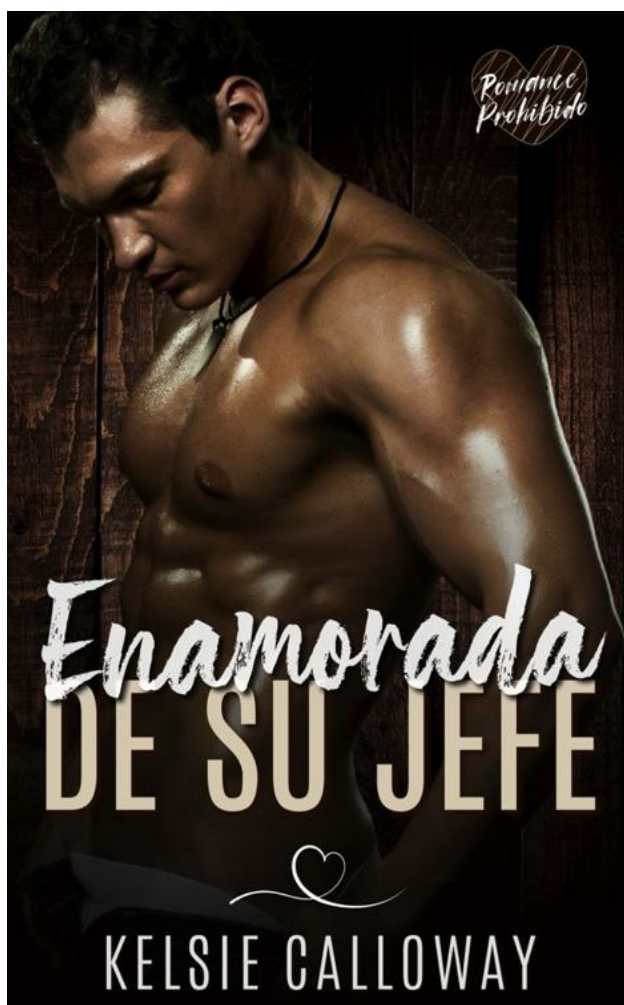
¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Stefano
 2. Nicolette
 3. Stefano
 4. Nicolette
 5. Stefano
 6. Nicolette
 7. Stefano
 8. Nicolette
 9. Stefano
 10. Nicolette
 11. Nicolette
 12. Stefano
 13. Stefano
 14. Nicolette
- Epílogo

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>

STEFANO

Cuando la veo por primera vez, está bañada en luces de neón. Le llamo la atención y me sonrío coquetamente antes de llevarse el largo cuello a los labios y engullir la cerveza que contiene. Estoy más duro que una losa de hormigón viendo cómo su garganta absorbe cada gramo de ámbar dorado de la botella. Lo único que imagino es lo que pondré entre sus labios en lugar de ese vaso.

Me estremezco cuando golpea la botella contra la barra, casi esperando que se haga añicos, pero resiste su fuerza y sólo se cae cuando la coge con los dedos al levantarse del taburete y caer de pie. Ni siquiera la oigo caer sobre la encimera mientras se acerca a mí, con sus tacones chocando contra el suelo de baldosas de imitación a cada paso que da.

Sus ojos castaños se dilatan y se centran en mí, como los de un depredador a la caza de su presa. Alarga un dedo perfectamente cuidado y lo arrastra por el cuello de mi camisa. "Quiero que me folles en el baño. Ahora mismo. Ahora mismo". Enfatiza cada palabra lentamente, y tendría que ser un hombre de piedra para rechazarla; yo no estoy hecho de ese material.

Agarro su delicada muñeca y la empujo detrás de mí. Tiene suerte de que no me la eche al hombro y la saque del bar como un cavernícola. La cacofonía de voces y música se ahoga cuando cerramos la pesada puerta de metal. Una cerradura corredera nos separa de la gente de fuera. La luz fluorescente resalta sus rasgos afilados y su piel color oliva. Sus dedos ya están desabrochando la parte delantera de su camisa antes de que pueda preguntarle quién es, pero cuando lo hago, me dedica una sonrisa burlona.

"Nada de nombres", responde mientras se pasa la prenda por la cabeza. Deja al descubierto sus pechos y me quedo mudo al verla. "No quiero saber quién eres. Sólo quiero que me folles bien duro".

Su voz me llega al corazón. Tengo la polla tan dura dentro de los vaqueros que la cremallera me marca la piel. Me resulta físicamente doloroso ver cómo se desnuda.

Alargo la mano para tocarle la cara y noto la piel suave y tersa bajo mi pulgar. "No", me reprende rápidamente, "tócame aquí". Me coge la mano y la lleva a sus pechos. "Acaríciame. Apriétame. Quiero sentirte". Esta desconocida morena es implacable. Exige, sabe lo que quiere. Y eso me excita más que cualquier otra cosa.

Noto su pezón erecto a través de la fina prenda que llama sujetador. Es un material barato y no pierdo tiempo en arrancárselo. El broche de la espalda se rompe y tiro la prenda al suelo. Con una falda de cuero y un par de tacones de aguja de quince centímetros, sus tetas a la vista, es la personificación de todos los sueños eróticos que he tenido desde que tenía doce años. Si pudiera volver atrás y decirle algo a mi yo más joven, sería que nunca dejara de soñar.

Acerco a la desconocida y me inclino para besarla, pero la belleza morena tuerce la cabeza y

me ofrece su cuello. Me inclino hacia la carne flexible donde su cuello se une a su hombro y dejo mi marca en su piel. Los vasos sanguíneos rotos forman un moratón bajo mis labios. Deslizo los dientes por su garganta hasta que me doy cuenta de que su piel perfecta ha sido estropeada por mi deseo. A algunas mujeres no les gustan los chupetones, pero a esta no le importa. Me deja lamerle y chuparle el cuello hasta que le dejo mi marca.

No pierde el tiempo y busca algo para acariciarse. Mientras le meto la mano por detrás y le acaricio el culo, me toca el cinturón y el botón de los vaqueros. Sus manos son rápidas, desabrochando y quitando todo lo que se interpone en su camino. Cuando hay espacio suficiente para meter sus manos en mis pantalones, siento su piel sobre la mía. Me mete los calzoncillos y envuelve mi contorno con los dedos. "Ven a por mí", me susurra al oído.

La orden despierta algo en mi interior, una lujuria que se apodera de mi cuerpo como un demonio. Le muerdo el hombro y ella sisea de dolor. Su mano se mueve de un lado a otro, cubriendo la longitud de mi polla lo mejor que puede en estas condiciones. Aprieta de vez en cuando, sacándome placer con cada golpe.

"He dicho que te corras por mí. Ven por tu niña", me ordena. Sus palabras provocan algo oscuro e inquieto en lo más profundo de mi alma. La agarro por las caderas y la empujo contra la puerta del baño. Jadea por la conmoción del empujón y luego sus dedos se aprietan alrededor de mi miembro.

No sé qué es más doloroso: si su agarre o mi necesidad de vaciar mi semilla dentro de ella. No importa, porque sigue tirando de mi polla hasta que tengo una mano agarrada a su culo y la otra apoyada en la puerta. Me hace correrme en los pantalones, y estoy tan furioso y excitado que la llamo puta de mierda en pleno orgasmo.

Ella sólo responde con una risita. La descarada y sexy descarada se ríe mientras me ordeña hasta la última gota de mi semen. "Buen chico", bromea mientras desliza la mano fuera de mis pantalones.

Retrocedo medio metro y veo cómo se lleva los dedos a los labios. No hay mucho de mí en ella, pero se lame las yemas de los dedos y me guiña un ojo. "¿Quién eres? le pregunto.

Su risa es como un soplo de aire fresco. Se aparta de mí y coge su camiseta del suelo. Deja atrás el sujetador roto mientras se pone la camiseta; ni siquiera se molesta en cubrir las marcas que le he dejado en la piel. "No te preocupes por mí, cariño. Parece que tienes un lío que limpiar". Me mira la parte delantera de los vaqueros y juro en voz baja. "Nos vemos, guapo".

Mi descarada morena se escapa antes de que pueda detenerla. Me quedo en el baño del bar con crema en los vaqueros y una erección que no se ha saciado.

¿Quién coño ha sido?

Me limpio lo más rápido que puedo, pero hay una evidente mancha húmeda en la parte delantera de mis vaqueros. Menos mal que el bar no está bien iluminado. Pero mientras busco por Porters a mi Cenicienta perversa, es como si el reloj diera las doce de la noche y tuviera que abandonar el baile. La cosita sexy y guapísima de plumas y tacones ha desaparecido.

Maldigo en voz baja y salgo del bar sin nada más que una erección. Incluso pierdo la dignidad cuando unas cuantas universitarias de la calle se fijan en la mancha de humedad de mis vaqueros. No me importa que se rían; lo único que me importa es encontrar a la mujer que me ha hecho esto.

NICOLETTE

Me pusieron el nombre de mi padre. En realidad es un poco enfermizo cuando lo piensas. Nicholas y Nicolette, un dúo padre-hija. Excepto que no estoy interesada en ser su protegida. Tengo diecinueve años y toda la vida por delante. Además, tiene a su hijo mayor para eso. Giancarlo va a heredar la fortuna familiar y la vida que conlleva: que le vaya bien.

Pero por ahora, sigo viviendo en mi casa, la casa de la que mi hermano será propietario algún día, cuando mi padre deje su puesto. Tengo una hermosa vista del barrio desde la ventana de mi segundo piso y una cama que es para morirse. Es una pena no haber dormido en ella anoche. Me acosté en el sofá de un amigo y la espalda me está matando cuando llego a casa.

"Dime que no saliste con eso", me mira mi padre cuando me acerco a la isla de la cocina. Tiene cara de asesino. Qué bien.

No tengo que mirarme para saber de qué está hablando. Mi falda es demasiado corta para su gusto. Puede ver mis pechos rebotando a través de la camiseta ahora que no llevo sujetador. Y todo parece como si fuera una talla más pequeña. "Me dijiste que no te mintiera, papá", anuncio con una sonrisa.

Nicholas coge la taza que tiene delante y da un sorbo extralargo. Me pregunto si pasa esos segundos rezando para que Dios le dé una hija diferente. Después de todo, tiene tres hijos y están haciendo algo con sus vidas. Yo soy la única jodida de la familia; la que papá no puede controlar. Si no preguntas por mamá, claro. "¿No tienes clase esta mañana?" Cambia de tema.

Cojo una manzana del frutero y la muerdo. La dulce Gala explota en mi lengua y me recuerda que no he comido desde ayer a las tres y media. Me gruñe el estómago y me planteo coger un plátano para el camino. No tengo resaca, pero la cerveza de anoche ha hecho mella en mi estómago. No creo que pueda comer nada más sustancioso que un par de piezas de fruta. "Ha empezado hace veinte minutos", respondo aburrida.

No dice nada de que me haya saltado la clase. En lugar de eso, aprieta la mandíbula y probablemente pide ayuda al buen Dios para acorralar a su hija. Su plegaria no es escuchada porque, al cabo de unos segundos, pregunta: "¿Eso es un chupetón?". Le he visto mirarlo desde que entré.

Intento mirarme al hombro, pero no consigo ver bien lo que está viendo. Sé lo que estaba haciendo el desconocido anoche cuando me mordía y chupaba la piel, incluso lo vi en el espejo a las dos de la madrugada cuando estaba en el baño de mi amiga. Es una cosa asquerosa, fea, de aspecto rojo y morado que me marca como al ganado. "Es un poco mono, ¿no crees?". Le sonrío. "Estoy pensando en hacerme un tatuaje igual". No importa lo feo que sea, lo llevaré con orgullo porque cabrea a mi padre.

"Por Dios", jura. Nicolás golpea la mesa con los puños y me señala con el dedo. "Hueles a destilería y parece que anoche te follaste a media Aggieville", me acusa.

Doy otro mordisco a la manzana y espero a que me explique por qué es importante. Parece que está esperando a que responda a sus acusaciones. Soy experta en esperarle, o quizá sólo en poner a prueba su paciencia, así que no respondo. Esto sólo hace que se enfade más.

"Vete a clase", gruñe. "No pago miles de dólares al año para que faltes a clase". Mi padre ha aprendido a elegir sus batallas. Con los enemigos, con los amigos, con la familia, incluso conmigo. Es un hombre sabio; lástima que yo sepa exactamente cómo tocarle la fibra sensible.

"Ya me he perdido la primera. Supongo que me daré una ducha antes de la próxima, ya que huelo a destilería", me burlo. Si mi padre se enterara de todos los días que me salté en el instituto, se volvería loco. Pagaba una educación de primera clase en un colegio privado para que me pillaran fumando en los baños y tonteando con chicos en la capilla. Entonces pagaba miles de dólares al año; ¿por qué iba a cambiar eso ahora?

Giro sobre mis talones y salgo de la cocina con paso ligero. Detrás de mí, mi padre grita: "¡Y tápate ese maldito chupetón! No te crié para que fueras una niña de pacotilla".

Tampoco me educó para ser el tipo de chica que levanta la mano y le hace un gesto de desprecio, pero lo hago. Porque por mucho que quiera a mi padre, él es la razón por la que soy así.

Cuando tenía cinco años, mi madre se fue. Vino a verme en mitad de la noche y me dijo que me portara bien. Yo no entendía lo que pasaba. Era demasiado joven y estaba demasiado cansada. Pero me dijo que tenía que irse. "Tu padre es un hombre poderoso, Nicolette. Me matará si se entera de que quiero irme. Búscame un día, cariño. Eres la única esperanza que me queda".

Desapareció como un fantasma. Me tumbé en la cama preguntándome si debía levantarme y contarle a papá lo que había pasado. ¿Debía ir a ver a mis hermanos? ¿Había ido ya mamá a visitarlos? Me dormí antes de tomar una decisión; por la mañana, era como si hubieran borrado a mi madre de mi vida.

Nuestro padre fingió que no había pasado nada. Contrató a una niñera y a dos canguros a tiempo parcial para que cuidaran de nosotros. Nuestras vidas apenas se vieron interrumpidas. La única vez que me di cuenta de que la elección de mi madre le había dolido era cuando nos pillaba hablando de ella. Se encerraba en su habitación con su melancolía durante días enteros, sin molestarse siquiera en bajar a comer.

Nunca confié a mis hermanos lo que mamá dijo aquella noche. Estaban muy unidos a nuestro padre, y no quería que supiera que mamá había acudido a mí antes de marcharse. Juré que me llevaría su secreto a la tumba. Un día, cuando fuera mayor, la encontraría, como ella me había dicho. Descubriría lo que mi padre le hizo y lo pagaría con su vida.

Debido a la desaparición de mi madre y a las dudas de mi padre a la hora de hablar de ella, le miraba con profunda desconfianza. No fue hasta que llegué a la preadolescencia cuando mi desconfianza se manifestó en actos de rebeldía. Cuanto más intentaba mi padre mantenerme a raya, más salvaje me volvía.

Nos envió a los cuatro a un colegio privado en Connecticut. Dijo que sería más seguro para nosotros y que recibiríamos una educación mejor que la que Kansas podía proporcionarnos. Pero cada vez que volvíamos de las vacaciones de primavera y verano, le rogaba y suplicaba que me dejara ir al colegio público de Manhattan. Quería hacer amigos normales, no enemistades que me juzgaran por lo cara que era mi cartera. Quería tener amigos para toda la vida, no gente a la que

no volvería a ver después de la graduación. Pero mi padre nunca escuchó mis súplicas.

Después de graduarme, fue una lucha conseguir que mi padre me permitiera ir a la universidad donde yo quería. Él quería que fuera a la Universidad de Brown y me especializara en derecho, pero yo no tenía esos deseos. Ir a la Universidad Estatal de Kansas en Manhattan fue una pequeña victoria, pero vino con docenas de condiciones. "Vivirás en casa hasta los veintiún años", insistió mi padre. "Los dormitorios son una locura y no sé en qué te meterás si vives fuera del campus. Será mejor que te quedes aquí".

Quería que se arrepintiera de esa decisión. Quería que se diera cuenta de que el peligro podía encontrarme tras los muros de su recinto con la misma facilidad que en una residencia de estudiantes.

No es difícil comprar un carné falso cuando tienes suficiente dinero y los socios de tu padre tienen una moral cuestionable. Incluso después de que él les dijera que dejaran de llevarse mi dinero, es difícil convencer a un hombre adulto de que rechace una mamada de una joven de dieciocho años apenas legal y dispuesta. Podría decirse que tomé algunas decisiones cuestionables para cabrear a mi padre, pero una forma más rápida de decirlo sería llamarlo por su nombre: problemas con papá.

No sé si Nicholas Calvino diría que estos han sido los peores años de su vida, pero desde luego no han sido fáciles. He hecho todo lo posible para enfadarle. Bebo, fumo y me salto las clases. Me meto con los chicos que quiero y me aseguro de que dejen pruebas.

Mis amigos de la universidad juran que mis problemas con mi padre me van a meter en problemas, pero no saben ni la mitad. Mis problemas con mi padre me han dado un coche nuevo, ropa ajustada de bar y suficientes carnés falsos para toda la vida. Lo único que podría mejorar mi venganza contra mi padre sería encontrar a mi madre. Pero, por desgracia, su paradero es desconocido.

Uno de estos días, voy a buscarla y averiguar qué hizo mi padre para que se fuera. No he pasado los últimos catorce años creciendo sin una madre porque sí. Mi padre es un hombre malo, y un día voy a descubrir hasta qué punto lo es. Y cuando me vengue, se dará cuenta de que toda esta rebelión fue un castigo por sus pecados.

STEFANO

"¿Crees que podrías ser más aguafiestas?" Cesare lanza sus cartas sobre la mesa, revelando un par de doses. "Es póquer; por el amor de Dios, actúa como si al menos recordaras lo que estás haciendo". Pone las fichas sobre la mesa mientras mueve la cabeza con desdén. No sé cómo ganó con un par de doses, pero los demás abandonamos. Si me hubiera quedado, seguro que le habría ganado. "Si esto es por esa chica del bar," jura.

"Estoy enamorada, Cesare; dame un respiro". Vale, a lo mejor estoy exagerando, pero desde luego tengo algún tipo de lujuria. Nadie me ha masturbado nunca en el baño de un bar, me ha hecho correrme en los pantalones y luego me ha dejado con las pelotas azules.

Luca resopla burlón mientras gira los ojos en mi dirección. "Sí, amor", acusa bromeando, "eso es lo que pasa. No sólo tú queriendo escurrir tus pelotas en un apretado coño adolescente". Lo dice el tipo que se casó con su compañero de trabajo porque ambos se presentaron para matar al mismo tipo. Porque él es el tipo que sabe tanto sobre el amor.

Estoy a punto de decirle que no hable así de mi chica, pero no es mi chica. De hecho, ni siquiera sé su nombre. No es más que una chica joven y guapa que me la metió y me dejó intentando limpiar el desastre con toallitas de papel baratas. "Ella era otra cosa. Vosotros ni siquiera lo sabéis", intento explicar, pero parece que es la milésima vez que digo estas palabras. Si aún no se han hecho una idea, nunca lo harán.

"Estoy segura de que estás pasando por un periodo de sequía". Luca recoge las cartas y empieza a barajarlas. Las fichas de las ciegas grande y pequeña se mueven una persona a la izquierda. Pongo mis 10 dólares obligatorios en el bote como ciega grande y espero a que mi hermano reparta las cartas. "Búscate otra chica y lárgate. Te olvidarás enseguida de tu Lolita morena", promete.

Ojalá pudiera decirle que no es tan sencillo. Me he pasado la última semana intentando ahogar mi lujuria en el coño de otra mujer. Tengo tres damas en rotación y ninguna sació mis necesidades. Ni la que me chupó la polla y me dejó correrme en su cara. Ni la que me dejó follármela en el trabajo inclinado sobre su mesa mientras corregía trabajos. Y definitivamente no la que me dejó metérsela por el culo. Me excitaba, no me malinterpretes, pero seguía estando igual de cachondo cuando terminaban nuestros encuentros que cuando empezaban. Algo en esas mujeres no estaba bien y creo que era simplemente el hecho de que no eran mi chica.

"Somos hombres inteligentes", Raniero interviene diplomáticamente en la conversación. "Podemos averiguar quién era. ¿Dijiste que era italiana?" Siempre se fija en los hechos.

Pero me encojo de hombros ante la pregunta. No he dicho que fuera italiana, al menos no con esas palabras. "Tenía el tono de piel, pero ¿quién sabe? A lo mejor sólo tiene ascendencia europea y es como una Jones o una Smith o algo así". Pero algo en la boca del estómago me dice

que es de mi tierra. Y eso la hace aún más exótica.

"¿Qué edad tenía?" Raniero recoge sus cartas y empieza a mirirlas. Mi hermano mayor tiene la mejor cara de póquer que he visto nunca. Si tiene una escalera real, nunca lo sabrías. Se quedaría mirando las cartas como si tuviera un 7 de corazones y una sota de picas.

"Al menos veintiuno", asumo. "Estaba bebiendo una cerveza cuando la vi".

Cesare resopla. "Sí, porque nadie en esta ciudad se ha sacado nunca un carné falso ni ha tenido amigos en el bar que le hayan pasado una copa". Es tan sarcástico que duele.

"De acuerdo. Claro. Aunque probablemente tenga al menos dieciocho años. Es imposible que una chica de 16 años tenga tanta experiencia sexual". Y por experiencia sexual, me refiero a la confianza que exudaba para meterme en ese baño y masturbarme en mis propios vaqueros.

"¿Has considerado que tal vez eyaculaste prematuramente?" Mateo lanza un par de fichas. "Sin vergüenza, claro", añade con una sonrisa. "Te estás haciendo mayor, Stef, y a veces, cuando te haces mayor, te corres un poco más rápido. Yo personalmente no lo sabría, estoy en la flor de la vida", me guiña un ojo, "pero no hay que avergonzarse si te corres demasiado rápido, hermanito".

Le enseño el dedo corazón. "Cállate de una puta vez. Y no me llames Stef". Odio cuando hacen eso. Nuestra madre empezó a llamarme Stef cuando éramos pequeños y estaba bien cuando lo hacía, pero mis hermanos utilizan el apodo para burlarse de mí. Sé que es su forma de ser cariñosos, pero aún así me pongo nerviosa cuando ocurre.

"Pero en serio. ¿Qué tiene de especial?". Mateo pregunta honestamente. "¿Tiene un coño de oro o algo así?".

Llevo una semana preguntándome lo mismo. He intentado averiguarlo en la ducha. Lo he meditado tumbado en la cama. Incluso lo pensé en mi viaje a Kansas City hace unos días. ¿Qué hacía a esa chica tan especial? ¿Por qué era tan diferente de todas las demás mujeres con las que he estado? "No lo sé", les digo sinceramente. "Creo que es su confianza. O tal vez el modo en que parecía que podía haberle hecho cualquier cosa y a ella no le habría importado. Era hermosa, impresionantemente hermosa, y no tenía ni un solo miedo o preocupación en el mundo". Ella se acercó a mí y eso tiene su propio tipo de afrodisíaco.

Cesare levanta la vista de su mano con una mueca. "Estuvisteis juntos como diez minutos. Ni siquiera hablaste con ella. No puedes estar tan colgada, Stef".

Sabe que eso me irrita y aun así lo hace. Lo ignoro y me encojo de hombros. "No puedo explicarlo. Fue amor a primera vista". O el primer tirón, si somos sinceros. En cuanto su mano rodeó mi polla y empezó a moverse, supe que no había vuelta atrás. Era la Cenicienta de las pajas; su agarre es el único que quiero tener alrededor de mi polla.

Me doy cuenta inmediatamente. En lugar de quejarme por no saber quién es, tengo que buscarla. "Tenemos que volver a ese bar", decido en caliente. "Joder, iré a todos los bares de Aggieville si hace falta".

Luca tira las cartas al suelo. "No", dice simplemente, empujándome con un dedo. "No estoy preparado para otra noche de copas con vosotros. Todavía tengo cicatrices emocionales de Las Vegas". Su fin de semana de soltero fue un desastre. Todavía hay trozos de esos tres días que no puedo recordar, así que entiendo de dónde viene. Pero no es como si le hubiera pedido que se fuera de juerga en juerga hasta que se cerrara el distrito de bares.

"Supéralo", Cesare pone los ojos en blanco. "Saliste vivo. Tienes suerte de que no estuviéramos vertiendo vodka por la raja del culo de una stripper en tu boca".

"No creo que a Sloane le hubiera gustado eso". Luca fulmina con la mirada a Cesare por siquiera mencionar la idea.

La mano ha terminado. Revelamos nuestras cartas. Tengo tres de una clase y gana la ronda por poco. "Ahora estáis casados", señalo a Raniero, Mateo y Luca. "Habéis tenido vuestros romances épicos y vuestros 'felices para siempre'. ¿Sois tan egoístas que no podéis ayudar a vuestro hermano a conseguir el suyo?"

Raniero mira su reloj y gime. "No me apunté para quedarme fuera hasta que cierren los bares. Le dije a Calíope que me levantaría con el bebé por la mañana".

Mateo asiente con la cabeza. "Sí. Bambi me matará si no estoy en casa para ayudarla por la mañana".

Me levanto de la mesa y empiezo a buscar mi teléfono. "Entonces llama a un Uber. Voy a buscar a mi Cenicienta pajillera".

"¿Vas a poner tu polla en la mano de todas las chicas hasta que encuentres la adecuada?". Cesare se burla.

"Si eso es lo que hace falta", le fulmino con la mirada. Pero ya recuerdo cómo es. Sólo tengo que encontrarla. "Si no quieres venir, no tienes por qué hacerlo. Pero ya no me voy a quedar aquí jugando a las cartas. Os he ayudado con cada maldita cosa con la que me habéis pedido ayuda. Así que ayudadme o apartaos de mi camino".

La mesa se vacía lentamente mientras mis hermanos se ponen en pie con una ráfaga de gemidos y quejidos. Oigo a un par de ellos mencionar que estoy siendo dramática, y los ignoro. "¿Y si no sale esta noche?". señala Luca.

"Entonces saldré mañana. Y la noche siguiente. Y todas las noches hasta que la vuelva a encontrar. Manhattan es una ciudad pequeña", le explico. "No puede esconderse de mí para siempre". Si ha estado una vez en Aggieville, volverá a ir.

No puedo explicar por qué estoy tan obsesionado, sólo puedo seguir mi obsesión hasta que me lleve a ella. No tengo control sobre mí mismo, sólo tengo que ceder a mis deseos.

NICOLETTE

Dejé que mi padre me viera salir por la puerta a las nueve de la noche sin nada más que un vestido corto y un par de tacones de aguja. Hablamos de un babydoll corto con un dobladillo que amenaza con dejarme el culo al descubierto si me agacho lo más mínimo.

"¿Qué demonios te has hecho en el pelo?". me grita, pero hago como que no le oigo. Me pongo al volante del coche que me compró para la graduación y salgo a la carretera. Está en la puerta del complejo Calvino y lo saludo con la mano mientras retrocedo. Abre la boca y sé que me exige que me vuelva para hablar con él, pero no me interesa nada de lo que tenga que decir.

Hoy he ido a la peluquería en lugar de ir a clase de economía a las dos de la tarde. Me pareció un mejor uso de mi tiempo a largo plazo, ya que no tengo planes de entrar en el sector financiero. Sé que mi padre se muere por que haga algo que beneficie a la familia, pero ser una chica de Wall Street no está en mi lista de cosas por hacer.

Delante del estilista, todo lo que hizo falta fue una petición de pelo de sirena, y varias horas después, tenía un aspecto tan vibrante como me sentía. El estilista hizo un gran trabajo mezclando los morados con los tonos azules y verdes. Supongo que a esto se refería mi padre cuando me preguntó qué me hacía en el pelo. No veo el problema, pero supongo que este no es el look que le gusta a la generación de mi padre.

Para destacar aún más en los bares esta noche, me he comprado el vestido más blanco que he podido encontrar y que enseñaba más piel. Quiero entrar en todos los bares esta noche y que toda la sala se gire para mirarme. Quiero llamar la atención. Quiero que todos me miren.

Pero Aggieville no va a estallar esta noche. No me malinterpretes, los estudiantes están aquí, pero las pistas de baile están vacías. La gente está apiñada dentro de O'Malley's bebiendo Irish car bombs. O están en el Mojo's Beach Bar bebiendo chupitos con temática isleña. Estoy atrapado deambulando por las calles, intentando esquivar a los policías que me lanzan miradas sospechosas cada vez que me ven pasar. Reconozco la mitad de sus caras, pero no quiero. No necesito que ninguno de ellos empiece a preguntarse cómo hago para entrar en los bares cuando saben de sobra que no tengo la edad suficiente.

Me vuelvo a conformar con Porters, como el fin de semana pasado. No es un establecimiento grande, pero tengo un par de amigos detrás de la barra. Ni siquiera se molestan en sacarme tarjeta cuando me siento. Ambos saben que cualquier tarjeta que les muestre no va a ser real de todos modos. "¿Me pones una Garra Blanca?". le pregunto a May con una gran sonrisa. Ella me lanza una mirada escéptica y levanta una ceja. "Te prometo que no he tomado nada más esta noche. Huele mi aliento si quieres", le ofrezco.

A May se le dibuja una sonrisa en la cara y suelta un bufido. Arruga la nariz y niega con la cabeza. "Estoy bien, Nic. Te creo. Aunque la policía ya ha pasado por aquí un par de veces. Si

los ves entrar por la puerta", empieza.

"Me escabulliré por detrás", termino por ella. "No hay problema. No quiero meter a Porters en problemas por servirme cuando May y Donald saben que soy menor de edad.

Una White Claw de cereza negra aparece en el mostrador delante de mí; con la tapa reventada y todo. "¿Cómo está el resto de Ville?". pregunta May.

"Apuesto a que está muerto". Don se acerca, sacudiendo la cabeza. "Aquí también ha estado bastante muerto esta noche. Si no fuera por nuestros generosos clientes", me lanza una mirada mordaz, "esta noche saldríamos de aquí sin nada".

Llevo un teléfono cuya funda hace las veces de cartera. Rápidamente, con el pronunciamiento de Don, saco una tarjeta de su interior y la paso por encima de la barra. "Seguro que he visto más gente en el bar de los recreativos que en ningún otro sitio. Es una noche agradable".

"Es la primera noche fría del otoño", corrige Don mientras pasa mi tarjeta. "Sabes que tienes un mínimo de 10 dólares, ¿verdad?".

Me encojo de hombros. "Si no llego, me cobrarás igual. Dóblalo y quédate el resto de propina". Es el dinero de mi padre. ¿Qué va a hacer, cortarme el grifo? Ni se le ocurriría. La mierda que saldría sobre nuestra familia si me cortara es suficiente para mantenerlo a raya. A Nicholas le gusta que la familia Calvino tenga una imagen de familia bien avenida. "Tampoco hace tanto frío", protesto. "Esta noche ni siquiera me he puesto chaqueta".

"Y tienes la piel de gallina", May me mueve el dedo.

Le doy un sorbo a mi refresco y la efervescencia me hace cosquillas en la nariz. Es suficiente para hacerme estornudar. "Pero aquí hace calor", le digo. "Y solo hay tres manzanas hasta mi coche. No es que pase mucho tiempo fuera". Pero debo admitir que caminar hasta Aggieville y luego patrullar las calles en busca de un bar era un poco incómodo. La temperatura sólo ha bajado a los 50, pero después de varios meses de máximas en los 90 y los tres dígitos, 57 es básicamente congelación.

"Aquí hay algo que te puede hacer gracia". May se apoya en la barra y me habla de un grupo de hombres mayores que hace media hora andaban por Porters. Vestían elegantemente y eran claramente mayores que la gente de Aggieville. "Resulta que son los hermanos Valenti. Dijeron que volverían a pasar por aquí cuando se fueran, así que supongo que irán a todos los bares del distrito. Aunque no compraron nada. Así que no sé qué están haciendo".

He oído ese nombre antes, normalmente como una maldición que sale de los labios de mi padre. No diría que son enemigos de la familia, pero no serían bienvenidos en una reunión familiar. "Háblame otra vez de los Valentis", le digo a May frunciendo el ceño. "Sé algo así como que el mayor hace muchas obras de caridad o algo así, ¿creo?". No lo recuerdo. No le tomo el pulso a la élite de Manhattan. Y no me preocupo lo suficiente por la gente que mi padre odia o detesta, a menos que puedan serme útiles.

May se dispone a contarme lo que sabe. Raniero, el hermano mayor, es sin duda un gran aficionado a los actos benéficos. "Pero creo que es porque quiere que todo el mundo asocie a su familia con el bien, ¿sabes? Porque tiene fama de ser una especie de mal tipo. Hace poco se casó con la hija de un policía o algo así y hubo un gran alboroto al respecto". Tiene sentido. Mi padre insiste constantemente en hacer buenas obras y voluntariado para que el apellido Calvino sea respetado. "Uno es miembro del consejo de la ciudad: Lucas o Luke o algo así. Creo que acabo de oír que se casó con otro concejal. Bishop o algo así. No estoy seguro".

"Vaya, Lucas Valenti es gay". Asiento lentamente con la cabeza. Me pregunto cómo se sentirá su hermano al respecto. No es tradicional en los bajos fondos italianos que los miembros

prominentes de una familia sigan sus deseos. Me alegro por él. "Aunque me gustaría saber quiénes son estas personas". Suelto una carcajada y bebo otro sorbo de mi White Claw. "Debería empezar a involucrarme en este pueblo ahora que he vuelto para quedarme".

May se encoge de hombros. "Aquí no pasa gran cosa, Nic. En todo caso, deberías aprovechar este tiempo para plantearte adónde vas a ir después de graduarte en la universidad. No querrás quedarte en Manhattan". Lo dice con tono mordaz, como si Manhattan fuera el peor sitio donde podrías acabar.

Pero he pasado mucho tiempo lejos de la Pequeña Manzana. He estado en Nueva York y de vacaciones en California. He visitado Texas, Florida, las Carolinas, Oregón y una docena de estados más. He estado en el extranjero en varios viajes familiares y he visitado a mis parientes en Italia. Todo estaba muy bien, pero esos lugares no son mi hogar. Es raro, pero echaba de menos Kansas mientras estaba en un colegio privado. Ahora que mi padre ha accedido a que vaya a K-State, no creo que quiera irme nunca. "Puede que sí", le digo encogiéndome de hombros. "Todavía no lo sé".

El mundo es inmenso. ¿Quién sabe lo que me perderé si me quedo aquí? Pero nunca he querido estar al frente de la política ni dirigir una empresa tecnológica en Silicon Valley. Creo que podría ser feliz en Manhattan dirigiendo un restaurante o un espacio para eventos. Me encanta organizar fiestas; me gustaría ganarme la vida así.

"Mierda", susurra May y aparta la mirada, cambiando de tema. "Han vuelto".

Puede que ella evite mirarlos, pero necesito ver qué aspecto tienen esos hermanos Valenti. He estado lejos de Manhattan la mayor parte de los últimos trece años. Y aunque he estado correteando por las calles de la ciudad desde mi graduación, no he conocido a los Valenti de cerca y personalmente.

Don saluda a los hermanos cuando entran por la puerta. "¿Puedo ofreceros algo esta ronda?". pregunta con una sonrisa amable.

"No", dice alguien. "Sólo estamos buscando a alguien".

Me giro para mirar y me encuentro con cinco caras guapas. Estoy a punto de acercarme y pedirle el número a alguien cuando me encuentro con un rostro que me resulta familiar: más viejo, cincelado, con el vello facial perfectamente cuidado. Se me hace un nudo en el estómago. Es mi desconocido sexy del fin de semana pasado. El chupetón que me dejó en el cuello está empezando a desaparecer. Me pregunto si podrá hacerme otro; quizá esta vez le diga a mi padre que me lo hizo un Valenti.

"Tú". Me reconoce de inmediato y empuja un dedo en mi dirección mientras camina hacia mí. "Llevabas el pelo oscuro la semana pasada".

Cojo el White Claw y me lo llevo a los labios, dando un sorbo tan largo como puedo. "Me lo teñí", le digo con una sonrisa satisfecha.

Me mira de arriba abajo antes de volver a charlar con sus hermanos. Cuchichean entre ellos y no dejo de ver miradas hacia mí. Me pregunto qué dirán de mí. ¿Seré una fulana de pacotilla? ¿El tipo de chica que no quieren que vea su precioso hermanito? ¿Cómo se sentirían si supieran lo que hicimos juntos? ¿Pensarían mal de mí si supieran que masturbé a su hermano en topless?

"Sólo voy a preguntar lo que todos queremos saber", empieza uno de los hermanos. Supongo que es el mayor porque tiene el pelo salpicado de sal y pimienta. No es que me importe; es lo bastante sexy como para dejar que me folle en el baño ahora mismo si quisiera. O quizá vería lo rápido que consigo que se corra en los pantalones en comparación con su hermano. "¿Cuántos años tienes?"

May se sonroja. No sé por qué; no es a ella a quien ponen en un aprieto. Tal vez sea

vergüenza ajena, excepto que yo no estoy avergonzado. Estoy exultante. "Diecinueve", le digo con orgullo. "¿Cuántos años tienes, abuelo?".

No se inmuta; simplemente me sonrío. Nos miramos a los ojos durante unos segundos antes de dar una palmada en el hombro de su hermano. "Buena suerte con ese".

"Buena suerte, desde luego", respondo secamente. "A mi padre le va a encantar descubrir que el tío que me hizo un chupetón la semana pasada era un Valenti. ¿Le importaría decirme cuál es usted? Querrá saberlo para cazar al tipo adecuado".

El hermano mayor levanta una mano. "Espera. ¿Quién es tu padre?" Pregunta con las cejas muy juntas en señal de confusión.

Me bajo del taburete y me giro hasta quedar de espaldas a ellos. Levantándome el vestido, muestro el tatuaje de la parte inferior de la nalga derecha. En un garabato elegante, está escrito nuestro apellido. Me lo hice por capricho hace unos meses, cuando mi padre dijo que no le gustaba que me hubiera hecho más agujeros en las orejas. Dijo que a los hombres respetables no les gustaban las chicas con múltiples piercings y tatuajes. Así que salí y me hice el tatuaje más básico que se me ocurrió. "Nicholas Calvino". Miro por encima del hombro con una sonrisa. "Soy su hija, Nicolette".

El bar está tan silencioso que se podría oír caer un alfiler. Esto es mejor que cualquier película que haya visto.

STEFANO

"No sé por qué te ríes". Miro a Nicolette y a Raniero, y no sé con quién estoy más enfadado. Por un lado, no tengo motivos para enfadarme con Nicolette. No es que me haya atacado por mi apellido o por quién soy. Pero por otro lado, Raniero se está riendo a carcajadas, y sus acciones parecen más deliberadas. Es como si estuviera disfrutando de mi dolor en este momento.

"Lo siento", empieza a disculparse, pero no lo hace de corazón. No le creo ni por un segundo.

"Sabes, no creo que lo sientas". En cuanto me pone la mano en el hombro, me encojo de hombros enfadada. "Si lo sintieras de verdad, no te reirías", le digo.

Eso no lo tranquiliza. Raniero niega con la cabeza mientras los restos de su risa se pierden en la música que suena en el techo. "Me hace mucha gracia que estés enamorada de un Calvino. De toda la puta gente".

"Qué asco", Nicolette arruga la nariz con disgusto. "No estamos enamorados. Sólo le he echado una manita".

Mateo resopla antes de añadir: "Créeme, lo sabemos, cariño. Aunque, ¿dirías que se corrió en un tiempo apropiado o, quizás, demasiado rápido?".

"Fuera." Señalo la puerta de Porters, gritando a mis hermanos. "Ninguno de vosotros quería estar aquí de todos modos, así que iros a casa". Hemos hecho lo que vine a hacer, ahora pueden irse a casa.

Nicolette coge su bebida y subrepticamente toma un sorbo. "Awww. Era una fiesta. ¿Por qué los mandas a casa?" pregunta con un mohín.

Yo también debería irme. Esta chica no da más que problemas. Está claro que es joven y está loca y probablemente hará que me maten. Tengo que dar media vuelta y marcharme con mis hermanos. Pero en vez de eso, respiro hondo y cuento hasta cinco. "Vete ya". Ignoro su pregunta y ordeno a mis hermanos que se vayan una vez más. "Os mando un mensaje luego".

"Le daré algo para que te mande un mensaje", dice Nicolette con un guiño. Dios, me vuelve loco. Al principio, era en el buen sentido, pero ahora estoy empezando a tener dudas. ¿Es posible que el destino me haya deparado conocer a esta chica una sola vez porque nunca iba a poder seguirle el ritmo si volvía a cruzarme con ella?

Mis hermanos se resisten a marcharse cuando hay una humillación que cosechar, pero se dirigen a la salida. Oigo algunos comentarios sarcásticos al salir, pero vuelvo mi atención a Nicolette para centrarme en la tarea que nos ocupa. "Tú", la señalo. De repente, todas las palabras desaparecen. Siento cómo se agolpan en los bordes de mi cerebro y bailan en la punta de mi lengua, pero no consigo hilvanar ninguna y decirle lo que siento. Pero, ¿qué se puede decir en una situación así? ¿Buena paja? ¿Quieres repetir? ¿Quieres que te penetre esta vez?

"¿Quieres tomar algo?" Se me adelanta y hace su propia pregunta, que no era la que yo tenía en mente.

Quiero una aspirina del tamaño de Texas, si te soy sincero. Empieza a dolerme la cabeza, y la vocecita de mi cabeza intenta razonar que debería irme a casa porque nada bueno saldrá de meterme con un Calvino, y mucho menos con una chica de diecinueve años. "Whisky con agua", pido a los camareros.

Nicolette se vuelve hacia la mujer que está detrás de la barra y le dice: "Ponlo en mi cuenta. Mínimo y todo", anuncia con una risita.

Niego con la cabeza y me agarro al taburete de su lado. "Tienes diecinueve años. No deberías beber, y mucho menos llevar una cuenta", la reprendo.

"Gracias, papá", me dice poniendo los ojos en blanco. "Podía haberme quedado en casa si quería escuchar a mi padre reñirme por beber siendo menor de edad".

El camarero me pasa un vaso de ámbar diluido antes de marcharse en silencio al otro lado de la barra. Parece una joven agradable, probablemente de unos veinte años. No parece ni la mitad de loca que la adolescente que está a mi lado, pero no siento ni un ápice de interés por ella. "Sólo estoy entablando una conversación amistosa. No quiero ser tu padre". Me estremezco al pensar en ser el padre de alguien a esta edad. Tengo treinta y tres años y soy más que capaz de cuidar a un niño, pero aún no estoy preparado para esa responsabilidad. Ni siquiera tengo una niña con la que practicar.

Nicolette me lleva la mano al bíceps y me recorre el brazo con un dedo. "Por otro lado, no me importaría llamarte papá".

Mi polla se levanta en respuesta a su actitud. "Esa es la actitud que nos ha metido en este lío", le recuerdo rápidamente. Recuerdo cómo se me acercó y me pidió que me la follara en el baño. ¿Cómo he podido olvidarlo?

"¿Qué? Saca el labio inferior haciendo un pucherito. "¿No te gusta que una niña te llame papá?".

Me odio por haberme excitado. Hay algo en esta joven que me hace querer cogerla en mis brazos y no dejarla ir nunca. Cuando les dije a mis hermanos que era amor a primera vista, no bromeaba. "Cuidado, Nicolette, antes de que haga algo de lo que ambos nos arrepintamos." Como arrancarle la ropa aquí mismo y follármela en la barra del bar.

La sorprendo poniendo los ojos en blanco otra vez, pero antes de que pueda decir nada, su mano se posa en mi muslo. "¿Cómo te llamas, papá Valenti?".

Se me va a hacer un nudo en el estómago si esto sigue así. "Puedes llamarme Stefano. No más mierdas de papi, ¿vale?" Pero esa petición suena falsa incluso para mis oídos. Soy un mentiroso para todos menos para mí mismo.

Nicolette se inclina y siento su cálido aliento en mi oído cuando susurra: "¿Seguro, papá Stefano? Porque he oído que a los tíos les gusta que las niñas como yo les llamen así".

No oculto que tengo que ajustarme. Mi polla está presionando contra la parte delantera de mis pantalones, dejando una impresionante tienda de campaña bajo la tela. "Escucha, vine a buscarte porque pensé, qué demonios, una chica tan loca como para hacerme una paja en el baño de un bar tiene que ser salvaje en la cama. Pero tienes diecinueve años, y tu padre es el enemigo jurado de mi hermano. No creo que podamos ser más que amigos". Haz lo correcto, me aconseja la vocecita de mi cabeza.

Pero Nicolette no se deja intimidar lo más mínimo. Me aprieta el muslo con los dedos y me pregunta: "Bueno, ya que eres mi amiga, ¿qué tal si me rascas un picor?". Se separa un poco y veo el brillo de su pelo recién teñido bajo las tenues luces.

"¿Sí?" Me giro para mirarla. "¿Qué tipo de picor? Sé adónde va esto y tengo que pararlo. Sé que no debería preguntar. Sé que no debería importarme. Ella está fuera de los límites. Es la hija del enemigo. Pero también es la cosa más sexy que he visto en años, y me hace sentir de alguna manera.

Los dedos de Nicolette profundizan aún más. "Del tipo que sólo tu polla puede alcanzar".

¿Qué les voy a decir a mis hermanos? Sí, me follé a Nicolette Calvino, sabiendo muy bien quién era. Raniero nunca me perdonará si esto empieza una guerra. Mis hermanos se enojarán si esto hace que me maten.

¿Pero cómo demonios se supone que voy a rechazarla? ¿Esperan que sea de piedra? Apuesto a que si cualquiera de ellos tuviera a una belleza de diecinueve años como Nicolette prácticamente en su regazo suplicando por su polla, tampoco dirían que no. "Te diré una cosa. Si no le cuentas nada de esto a tu verdadero padre, dejaré que me llames papi toda la noche".

Una mirada extraña cruza la cara de Nicolette, pero pasa tan rápido que creo que me lo estoy imaginando. En una fracción de segundo, sonrío y se levanta del taburete. "¿Tienes un sitio cerca?" Me pregunta.

"No. Pero hay un hotel al otro lado de la calle". Podría meterla en el coche y llevarla a mi casa, pero me tiene demasiado excitado para esperar otros veinte minutos y ahogarme dentro de ella. Además, no creo que pueda meter la polla bajo el volante en la forma en que estoy ahora. Será mejor que vayamos andando hasta el Bluemont y cojamos una habitación para pasar la noche. Es una alternativa cara, pero la mejor que puedo ver.

Tal vez estoy cometiendo el mayor error de mi vida, pero eso es problema del futuro Stefano. Ahora mismo, lo único que me importa es mojarme la polla y ver cómo los labios de esta niña se abren para llamarme papi mientras estoy dentro de ella.

NICOLETTE

Nunca me había alojado en el Hotel Bluemont, y no lo consideraría una visita digna de reseña.

Antes de que se cierre la puerta de la habitación, Stefano me tiene agarrada y me acaricia todo lo que puede. Me agarra el pecho, me aprieta el culo y arrastra la mano por delante de mis bragas. Está en todas partes a la vez y no sé cómo lo hace.

No enciendo ninguna luz porque la luna que entra por la ventana es suficiente para los dos. Puedo ver una sombra de lujuria en su cara mientras me arranca el vestido, y él puede ver la sorpresa en mis ojos cuando me empuja contra la ventana y se arrodilla.

Su rostro se refleja en la penumbra mientras me agarra las bragas y me las baja por los muslos. Es un milagro que no las rompa cuando me las pone alrededor de los pies y las tira. Está parcialmente vestido, con una camisa desabrochada y un cinturón desechado, pero en la penumbra de la habitación es suficiente para que se me revuelva el estómago de deseo.

Stefano me mete la lengua entre los labios antes de que pueda detenerlo. Echo la cabeza hacia atrás y mi cuerpo se inclina en respuesta a su movimiento. Me mete dos dedos y me agarro al alféizar para no caerme.

Me he pasado toda la vida intentando vengarme de mi padre por crímenes que sólo podía imaginar, pero nunca me había salido tan bien. Stefano llama la atención a la luz de la luna y toca mi cuerpo como un músico dotado. Me arranca gemidos guturales y pequeñas súplicas suplicantes. Me agarra el culo con una mano y me sujeta mientras su lengua recorre cada centímetro de mi sexo. No puedo moverme, no puedo apartarlo, apenas puedo respirar. Se apodera rápidamente de mi placer, forzándome a llegar a la cresta de mi deseo y colgándome del borde.

"Papá sabe lo que le gusta a su pequeña", gruñe. "Sabe exactamente cómo excitar a su pequeña".

Mis problemas con papá nunca han sido más frecuentes que cuando me corro en su cara. El hecho de que este hombre sea catorce años mayor que yo y me llame su niñita no se me escapa. Conozco mis problemas, pero elijo ignorarlos.

Para ser un rollo de una noche, Stefano Valenti actúa como si quisiera que lo recordara el resto de mi vida. Me gira hacia la ventana y me aprieta contra el cristal. El frío del cristal hace que mis pezones se pongan dolorosamente duros.

"Me has estado tomando el pelo desde que te vi", me susurra Stefano al oído. Noto su longitud presionando la curva de mi culo y empujo para decirle que quiero más. Pero no me lo da, no inmediatamente. En lugar de eso, me golpea el trasero con la mano y me hace sentir un chisporroteo de dolor en las mejillas. "Ahora las decisiones las tomo yo, princesa", gruñe.

Tengo el estómago lleno de mariposas que baten sus alas contra las paredes del vientre. Dice todas las palabras adecuadas con el tono justo. Y mientras toma la punta de su polla y se burla de mi entrada con ella, sé que podría estar medio enamorada de él si me lo permitiera.

"Dime lo que quieres. Me rodea la cintura con una mano y me recorre el monte con los dedos. Noto cómo roza con la otra la parte inferior de mi culo mientras introduce la punta antes de sacarla rápidamente.

"Te deseo. Es todo lo que puedo decir con la mejilla pegada a la ventana.

Stefano coge su polla y la golpea contra mi raja. "No es suficiente, cariño. Dime dónde me quieres. Con todo detalle".

Siento que la temperatura de la habitación se dispara. Todo mi cuerpo con su petición. "Quiero que metas tu gorda polla dentro de mi coño y me folles hasta que grite tu nombre". Si quiere guarradas, se las daré. "Quiero que todos en este piso llamen a recepción y se quejen del ruido. ¿Es suficiente para ti, cariño?"

Su mano vuelve a bajar sobre la cresta de mi culo y el dolor recorre mi cuerpo. Es una sensación deliciosa y la bebo como el mejor vino. "Siempre le daré a mi nena lo que quiera, pero pierde la actitud, mi princesita mocosa".

"¿Por qué no me la sacas, papi?". Las palabras salen de mis labios como mantequilla. Y ni un segundo después, siento la polla de Stefano deslizarse dentro de mí. Si tuviera algo a lo que agarrarme, lo haría. Me estira para adaptarse a su longitud y yo siseo por el placer y el dolor que me causa.

"No te preocupes, nena", me gruñe al oído, "pienso hacerlo. Pienso follarte muy bien". No me decepciona. A Stefano no le importa que esté pegada a la ventana con las tetas abiertas sobre el cristal; me toca por detrás como si estuviera inclinada sobre una cama. Todos los de la planta baja que miran hacia arriba nos ven empañando las ventanas.

Me penetra y me penetra hasta que el alféizar parece temblar. Cierro las manos en puños y le pido más. "Más fuerte. Da en el clavo, pero necesito más. Lo necesito con más constancia. Lo necesito más fuerte.

Stefano hace lo que quiere. Su polla golpea mi punto G con cada movimiento de sus caderas, y siento cómo subo la escalera del placer hasta llegar a la cima. Me muerde el hombro, me aprieta el culo y bombea dentro de mí una y otra vez.

Nunca antes había sentido el sexo tan bien. No sé si es porque es un hombre mayor que sabe lo que hace o porque cumple todos mis requisitos tóxicos. Tal vez sea un poco de ambos.

Salgo disparada como un cohete y rasco con las manos por la ventanilla, buscando algo a lo que agarrarme. Con las caderas apretadas contra la cornisa, noto cómo se forman moratones bajo mi peso.

Stefano se queda quieto un instante mientras me corro a su alrededor y luego estalla como una bomba. Siento su calor cubriendo mis paredes y, por un segundo, me sobresalto. Nunca me olvido de hacer que los hombres lleven preservativo. Puede que quiera joderle la vida a mi padre, pero no quiero hacerlo convirtiéndolo en abuelo.

Excepto... ¿y si lo hiciera?

"Mierda", jura Stefano mientras saca su polla de mí. "No esperaba hacer eso. ¿Tomas la píldora o algo? Puedo conseguirte el Plan B".

Esta es tu oportunidad. Haz que pague el Plan B. Ve al médico mañana y toma la píldora para que esto no vuelva a ocurrir. Ya sabes lo que tienes que hacer. La vocecita en mi cabeza lo tiene todo planeado, pero la vocecita no me controla. "Estoy bien". Me giro en el alféizar y dejo caer mi culo en el borde. "¿Por qué no me follas luego en la cama? Y después quizá en la ducha. Ya

sabes, para limpiarme un poco".

Stefano se muestra escéptico durante tres segundos antes de levantarme y tirarme en la cama.
"Tus deseos son órdenes".

STEFANO

Estar con Nicolette es como jugar con una caja de cerillas. Es divertido, pero también podría quemar mi casa conmigo dentro. Tal vez por eso siempre nos encontramos en el Hotel Bluemont.

Es una cita cara. No es barato conseguir una habitación de hotel allí, pero siempre vale la pena. Follamos en todas las superficies disponibles como si nunca fuéramos a volver a vernos. Y cada vez que nos despedimos, Nicolette me besa en la mejilla y me dice: "Ha sido divertido. Nos vemos, Valenti". Y por un breve momento, presa del pánico, me pregunto si realmente volveré a verla por aquí o no. Pero pasan unos días y le envío un mensaje de texto, o ella me llama, y acabamos juntos en la cama una vez más.

No hablamos tanto como me gustaría, pero no creo que sea culpa mía. Intento entablar conversación con ella, pero Nicolette llena nuestro tiempo con otras actividades. Si hablo demasiado, me hace callar metiéndose mi polla en la boca y chupándomela. Es difícil hablar de los acontecimientos del día cuando me acaricia los huevos y me toca el culo. Es una sensación extraña tener su dedo ahí abajo, es algo que ninguna mujer me había hecho antes, pero Nicolette me pone al límite cada vez que estamos juntos.

Para tener diecinueve años, es una superdotada en la cama. Sabe manejar una polla como alguien que le dobla la edad. No es tímida y siempre está interesada en probar cosas nuevas. Es una maldita aventura cada vez que nos vemos.

La poca información que puedo sonsacarle me da una imagen desagradable de su padre, Nicholas Calvino. Tienen una relación rota por el trato que le dio a su madre. No recuerda qué pudo provocar la huida de su madre, pero sabe que, fuera lo que fuera, su padre debería pagar por ello.

"¿Entonces soy una venganza?" le pregunto una tarde de pereza. El sol entra por la ventana mientras estamos desnudos en la cama. Ella no ha ido al colegio y yo no he ido a trabajar.

Nicolette me toca el muslo con la mano y tarda un minuto en responder. "¿Te molestaría que dijera que sí?".

No sé cómo sentirme cuando me utilizan. Por un lado, Nicolette y yo no tenemos una relación. Follamos, charlamos de vez en cuando y seguimos nuestro camino. Pero por otro lado, me gusta tener sexo con ella. Quiero conocerla mejor; es ella la que me lo impide. Sé que es catorce años menor que yo, pero creo que podríamos tener algo genial. "No lo sé", le digo con sinceridad.

"Entonces no hagas preguntas para las que no quieras respuesta", añade Nicolette secamente. Así termina nuestra aventura del día. Recoge su ropa y se marcha antes de que pueda disculparme o explicarle cómo me siento. Nunca tengo la oportunidad de decirle que no estoy

enfadada, solo quiero más.

Si le preguntaran a mis hermanos, dirían que estoy invirtiendo demasiado en Nicolette. "Para empezar, vas a hacer que te maten", me dice Raniero un día. "Y entonces voy a tener que matar a Nicholas. Lo que a su vez hará que uno de sus hijos venga a por mí. Vas a empezar una guerra, Stefano". Él mira mi relación con Nicolette en términos de cómo va a dañar su negocio.

"Eh, estás siendo dramático", insiste Luca. "Sí, habrá algún contragolpe si Nick se entera de esto. Pero no creo que nadie vaya a ser asesinado. Tal vez una paliza. Tal vez un poco mutilado. Pero desde luego no muerto".

Raniero lo mira. "¿Sí?" Hoy tiene a Gabriel y está entreteniendo a su hijo en el suelo. Tienen ante ellos un despliegue de bloques y cada vez que Raniero construye una torre, Gabriel la derriba. "¿Quieres hacerte responsable de mi hijo cuando me muera? ¿Quieres hacerte cargo de Calliope si me disparan caminando por Poyntz porque este bufón no puede dejar de follarse a una adolescente?".

"Tiene diecinueve años", le recuerdo con la mirada. "Y cumplirá veinte el mes que viene. Es perfectamente legal". Eso me hace ganar una mirada de enfado de Raniero que me encojo de hombros. "No va a pasar nada malo. Sólo estamos teniendo sexo. No es nada serio".

Cesare es el que me pilla desprevenida. "Pero tú quieres que lo sea". Para ser el más joven, tengo que admitir que a veces es más sabio de lo que creo. "Tiene diecinueve años, Stefano. Por lo que dices, sigue siendo una adolescente. No hay forma de evitarlo. Pero no está lista para algo serio. Diablos, apuesto a que ni siquiera puede cuidar de sí misma. ¿Por qué crees que será capaz de cuidar de ti?"

Supongo que recuerdo cómo era yo a los diecinueve. Yo era un cañón suelto corriendo salvaje en cada extremo. Me follaba a chicas a diestro y siniestro, apenas recordaba sus nombres, todo ello mientras intentaba llegar a clase a tiempo para obtener un título en una asignatura que me importaba una mierda. Mi padre quería que todos los chicos asistiéramos una educación por si entrábamos en el mundo real, pero nada de una licenciatura en finanzas o ciencias me interesaba. "A esa edad éramos autosuficientes", argumento. "Sabíamos cuidar de nosotros mismos".

Mateo resopla. "Si por cuidar de nosotros mismos te refieres a que podíamos pasar la tarjeta de crédito en cualquier establecimiento de comida rápida que quisiéramos mientras de alguna manera nos las arreglábamos para sobrevivir a resacas que no teníamos legalmente permitidas", hace una pausa, "entonces sí. Nos cuidábamos muy bien. ¿No recuerdas cuando cumplimos dieciocho años y nos volvimos locos? Ma se ponía enferma de pena cada vez que uno de nosotros se convertía en adulto porque era como abrir la puta caja de Pandora del caos. Durante los dos o tres años siguientes, tenía que lidiar con la posibilidad de que nos pegaran un tiro, nos hicieran un lavado de estómago o contrajéramos una ETS".

Ni siquiera intentábamos cabrear a nuestros padres; éramos unos adultos que queríamos divertirnos como no pudimos cuando éramos menores de edad.

¿Y si Nicolette realmente no está lista para algo serio? ¿Y si sólo ve lo que hay entre nosotros como lo que realmente es: dos personas atractivas que se enrollan y se excitan? ¿Y si sólo me ve como el hombre mayor que le da orgasmos y sabe cómo tratar bien su coño?

La próxima vez que vea a Nicolette me sentiré desolado. No intencionadamente, sino porque no sé qué decirle. Han sido seis semanas de quedar, enrollarse y luego volver a casa como si nada. No sé dónde vive, qué estudia o qué quiere hacer con su vida. Estoy viviendo el sueño de todo hombre, y todo lo que quiero es que ella se abra un poco más. Es como recibir un millón de dólares y pedirle prestados 100 a tu mejor amigo: es egoísta. Pero no puedo evitarlo.

Estoy de rodillas, apoyado en el borde de la cama, comiéndome a Nicolette, cuando me entran ganas de charlar. Está tumbada en el edredón con las piernas abiertas ante mí. Brilla de lujuria y saliva, una combinación de mi deseo por ella y lo mojada que la pone, cuando me aparto y me siento sobre los talones frente a ella. "Quiero llevarte a una cita", decido.

Nicolette levanta la cabeza del colchón y me mira. "¿Me lo dices ahora? pregunta enfadada. "¿Ahora? subraya Nicolette.

"Ahora es tan buen momento como cualquier otro", le ofrezco con una sonrisa. "No es que la cita tenga que ser ahora. Quizá este fin de semana o algo así".

Se acerca a mí y me pasa los dedos por la barbilla. "No. Ahora es el mejor momento para seguir lamiéndome el coño hasta que me corra en tu cara, Stefano. Termina lo que has empezado. Quiero correrme. Por eso estamos aquí".

"¿No podemos hacer las dos cosas?"

Nicolette se tira sobre el colchón y cruza los brazos sobre el pecho. "No, no podemos. Porque estoy en un lugar delicado en el que diré que sí a cualquier cosa, y tú te estás aprovechando de eso. He venido aquí para que me folles, Stefano".

Presiono dos dedos en su centro empapado, y su cuerpo empieza a inclinarse. Mojo el pulgar libre con mi saliva y lo arrastro sobre su clítoris erecto. "Y quiero follarte, Nicolette; de verdad. Pero no creo que pueda a menos que aceptes salir conmigo".

Ella se agarra a las sábanas mientras arrastro mis dedos dentro y fuera de su centro. Intenta alcanzar el clímax bajo los lentos y tortuosos círculos que dibujo con el pulgar, pero no es suficiente. Nicolette resopla y suena como si estuviera a punto de derribar mi casa. "Por Dios, Stefano, sácame de aquí".

Sigo jugando con ella como si fuera un juguete. "No, no hasta que aceptes tener una cita conmigo".

Nicolette vuelve a levantar la cabeza. "Esto es chantaje. Esto es chantaje sexual y voy a llamar a la policía".

Ejerzo más presión sobre su clítoris y se muerde el labio inferior. "Hazlo", le digo. "A ver si llaman a tu verdadero padre. A ver qué pasa entonces".

Se aparta de mí, con el cuerpo empapado de sudor por mis anteriores caricias. "Estás jodiendo todo esto", jura Nicolette mientras se levanta de la cama y empieza a buscar su ropa. "Tengo un plan y tú lo estás arruinando".

Cuando me mira, me llevo los dedos a los labios para chupar sus jugos. "¿Qué pasa con mi plan, Nic? ¿Se supone que tengo que someterme a tu voluntad?"

Me lanza un zapato que rebota en mi hombro. "Sí", responde escuetamente.

Me encantaría darle lo que quiere todo el día, todos los días. Follármela cuando quiera. Estar ahí cuando ella quiera. Pero no soy ese tipo de hombre. Necesito más que un follamigo; necesito compromiso.

Me pongo en pie y espero a que termine su rabieta. Cuando da la vuelta a la cama para coger el zapato que me ha tirado, pongo el pie encima. Nicolette suelta un suspiro frustrado. "¿Y ahora qué?"

"No puedes decirme que llevamos más de un mes haciendo esto y no sientes nada". La miro fijamente y me envuelve la belleza con la que me encontré aquella primera noche en el bar.

Los labios de Nicolette forman una línea recta mientras me mira. "Siento algo, claro", admite, "pero no quiero hacer nada al respecto. Esa es la diferencia entre tú y yo".

Alargo la mano para tocar su mejilla y me sobrecoge la suavidad de su piel bajo la mía. No quiero que este momento termine nunca, pero termina. Todo acaba, en algún momento.

Me inclino para presionar mis labios contra los suyos y saboreo la frustración en su lengua. "No puedo verte más. No hasta que decidas que quieres lo mismo que yo". Juro que la veo levantar la mano para secarse una lágrima con el rabillo del ojo, pero no puedo estar seguro porque al mismo tiempo se aparta de mí.

"Lo has estropeado", concluye.

Arruino muchas cosas, pero no me siento mal por esta. Asumo la culpa; asumo la culpa. Porque la alternativa es quedarme y que me utilicen como marioneta de Nicolette hasta que ella decida que ha terminado conmigo. Y si me quedo tanto tiempo, estoy seguro de que me enamoraré de ella.

NICOLETTE

*H*asta los planes mejor trazados salen mal.

Habría conseguido salir con Stefano; de verdad, lo habría hecho. Eso no es sólo algo que me digo a mí misma para sentirme mejor. Habría salido con él cuando se supiera la verdad. Sólo necesitaba más tiempo. Solo necesitaba quedarme embarazada.

La frustración me persigue por la puerta principal del Hotel Bluemont mientras me alejo a pisotones de la vida que había imaginado las últimas semanas. Iba a tenerlo todo. El marido guapo, la valla blanca, los niños e incluso el "felices para siempre". Pero Stefano lo arruinó precipitándose. Hombres. Jodidamente típico.

Los vientos invernales me golpean en la cara mientras llego a mi coche. El otoño se desvanece poco a poco y hoy hace un frío innegable. Un escalofrío me recorre la espalda y me lo sacudo con un estremecimiento. "Maldito Valentis", murmuro en voz baja. Sueno como mi padre, pero por una vez entiendo su frustración con su familia.

Nunca quise involucrarme con Stefano. Nuestra única noche en un baño cerrado fue suficiente para mí. Me conformaba con seguir viviendo el resto de mi vida sin saber nunca a quién había masturbado tras aquellas puertas cerradas. Pero él tenía que venir a buscarme. Tenía que encontrarme. Tenía que follarme. Tenía que hacerme adicta a su polla. Luego tenía que arruinarlo.

"Sólo quería quedarme embarazada primero", refunfuño mientras subo al coche. ¿Era mucho pedir un bebé? ¿Está mal quedarse embarazada para cabrear a mi padre? El universo parece pensar que sí; si no, ¿por qué iba a subirme al coche insatisfecha e insatisfecha? Por no hablar de enfadada porque te está pidiendo lo mismo que tú querías, me recuerda con suficiencia la vocecita de mi cabeza.

El coche se calienta lentamente mientras me alejo de Aggieville. Con el barrio de bares en el retrovisor, sigo cabreada por el giro de los acontecimientos. Ni siquiera conocías a Stefano, añade la vocecilla tras unos momentos de silencio. No es que estuvieras enamorada de él. La vocecita no se equivoca técnicamente.

Stefano me contaba lo que hacía cada día. Le dije que no me importaba, pero seguí escuchando cuando hablaba de reuniones y de una agenda muy apretada. Cuando hablaba de los entresijos políticos de la familia Valenti, escuchaba con más atención, esperando encontrar algo que me recordara a mi padre y me alejara de él. Pero Stefano parecía agradable, incluso honorable. No me recordaba en nada a mi padre.

Hubo días en que Stefano me llevó a una conversación en lugar de a una cita. Nos estábamos desnudando y lo siguiente que supe es que le estaba hablando de mi profesor de Economía y de lo mucho que lo odiaba. Fue desconcertante volver a la realidad y darme cuenta de que me

llevaba bien con el chico al que utilizaba para cabrear a mi padre.

Momentos después, me encuentro en el aparcamiento de Walgreens. No recuerdo haber decidido venir aquí, pero tampoco recuerdo siempre haber decidido hablar con Stefano de mi día o de lo mucho que me enfada mi padre. A veces mi cerebro elige por mí y acabo en un lugar en el que nunca quise estar, haciendo algo que nunca quise hacer.

"Ni siquiera necesito nada", refunfuño para mis adentros. Pero mis pies me llevan al pasillo de higiene femenina y planificación familiar. Cojo una caja de tampones para mi próxima menstruación y me paro frente a los preservativos, el Plan B y las pruebas de embarazo. "Ya no tengo relaciones sexuales". Pero mientras digo estas palabras, mi mano se cierra en torno a una caja de preservativos. Luego agarro un paquete de dos pruebas de embarazo. De repente, este viaje improvisado me va a costar 25 dólares.

"No necesito nada de esto". Intento disuadirme a mí misma de comprar los tampones, los condones y las pruebas, pero termino en la recepción con los brazos cargados. La cajera se queda mirando mi tesoro de golosinas. De camino a la caja, me las arreglo para comprar unas cuantas chokolatinas y una bolsa de patatas fritas. "¿Qué? Le digo bruscamente al tipo que me está mirando. "¿Tienes algún problema?

Probablemente no sea más joven que yo, pero se desmorona bajo el peso de mi admonición. El tipo escanea rápidamente mis artículos, me dice el precio y yo hago una mueca de dolor mientras saco mi tarjeta de crédito y la deslizo por la máquina. Ni siquiera necesitaba nada, pero con todos mis tentempiés y artículos de primera necesidad, le he dado a Walgreens 40 dólares del dinero duramente ganado de mi padre. ¿O debería decir ganado ilegalmente? Nunca se sabe con Nicholas Calvino. No es mi dinero, no es mi problema.

Una vez empaquetadas las golosinas, me dirijo al coche y arranco una chokolatina para comérmela de camino a casa. Mi tarde con Stefano se repite una y otra vez en mi cabeza, un duro recordatorio de que fui rechazada. Nunca me habían rechazado. Cuando eres joven y guapa, hay muy pocas cosas que no puedas conseguir si las deseas lo suficiente.

La casa está en silencio cuando llego. No sé dónde está mi padre y no me importa. Probablemente esté arruinándole la vida a otra persona; que le vaya bien. Quiero meterme en la cama, comerme las patatas y leer un libro. Cuanto antes desaparezca en un mundo imaginario, antes podré olvidarme de lo que ocurre en mi mundo real.

Pero primero, necesito hacer pis y cambiarme. También, tomar un refresco. Quizá hacer palomitas. Sé que tengo patatas fritas, pero son picantes. Unas palomitas mantecosas y saladas me vendrían muy bien.

Empiezo a reunir mis provisiones y llego a mi dormitorio justo cuando oigo que empieza a abrirse la puerta del garaje. El zumbido mecánico resuena en toda la casa y cierro la puerta de mi habitación. Mi padre querrá saber por qué he llegado pronto a casa, pero no es asunto suyo. Soy adulta, puedo hacer lo que quiera.

Con toda la comida y las bebidas preparadas esperándome en la mesilla de noche, me quito la ropa y me dirijo al baño. La bolsa de Walgreens que tengo sobre la cama me guiña un ojo al pasar y, justo cuando me bajo las bragas, pienso en las pruebas de embarazo que acabo de comprar. "No estoy embarazada", murmuro. "No hay motivo para hacerse uno".

Pero no puedo orinar. Mi cerebro sigue argumentando a favor de coger el test y hacérmelo de todos modos. Me quito las bragas y vuelvo al dormitorio, saco la caja de pruebas de embarazo de la bolsa y vuelvo al baño. Refunfuño en voz baja durante todo el tiempo que orino en el palito; luego lo dejo encima de la caja mientras me lavo las manos y busco algo que ponerme.

Las instrucciones dicen que espere tres minutos. Mientras me pongo una camiseta

extragrande y ropa interior limpia, intento tomarme mi tiempo. Lo justifico por ser exigente con lo que quiero ponerme, pero es mi subconsciente el que dicta el ritmo. Sabe cuánto tiempo hay que perder, y es experta en asegurarse de que lo perdamos.

Para cuando vuelvo a la prueba de embarazo que tengo sobre la encimera del baño, tengo una sensación de nerviosismo en el centro del pecho que imagino que debe de ser ansiedad. "No tienes por qué preocuparte", susurro, "porque no puedes estar embarazada. Ni siquiera te ha bajado la regla". Bueno, eso no lo sé con seguridad. Mis períodos siempre han sido irregulares. Lo espero para la semana que viene, pero ¿quién me dice que no lo he perdido ya? ¿O que no vendrá hasta dentro de tres semanas? "No seas tonta." Soy la persona más indicada para reprenderme a mí misma, sobre todo cuando me acerco a ese test de embarazo blanco y veo un signo más rosa en la ventanilla.

"Ni de coña". La sensación de nerviosismo en mi pecho crece, abarcando todo mi cuerpo. Es como si alguien me hubiera roto una botella en la cabeza. Estoy mareada y un poco desorientada. "Estúpida zorra", murmuro entre dientes.

Cojo la caja y saco el segundo test de embarazo. Pero mientras me siento en el váter e intento orinar lo suficiente para activar la prueba, me doy cuenta de que no tengo que ir. Dejo la prueba de plástico en la encimera y vuelvo al dormitorio para beber el refresco que he traído, seguido de media botella de agua que tengo en la mesilla de noche. Mientras espero a que se me llene la vejiga, busco con qué frecuencia se producen falsos positivos en las pruebas de embarazo. Alerta: es muy raro. Los falsos negativos, en cambio, son pan comido.

Cuando me entran ganas de ir al baño, me meto de lleno en la madriguera del conejo sobre cómo se hacen las pruebas de embarazo y cómo determinan si estás embarazada. Corro al baño tan rápido como me permiten mis piernas. Noventa segundos después, la segunda prueba de embarazo está sobre la encimera y yo me lavo las manos de nuevo. Miro fijamente la prueba durante cada segundo de los tres minutos que tarda en procesarse. Veo cómo el signo más se vuelve rosa lentamente durante el primer minuto, pero, por si acaso, lo miro durante otros dos. Ciertamente, puede cambiar; puede volver a negativo si no espero los tres minutos, ¿verdad?

Pero no cambia. Tampoco cambia en los diez minutos siguientes. Da igual que tire ambas pruebas a la basura. Sigo sin poder quitarme de la cabeza el recuerdo de esos putos tests positivos.

¿Lo ves? La vocecita empieza en tono burlón. Esto te pasa por intentar joder a tu padre. Ahora tienes todo lo que querías. ¿Estás contenta?

Mi plan de desaparecer en un mundo de fantasía está olvidado. Hay cosas más importantes en las que concentrarse ahora. Como cómo decirle a mi padre que me preñó a propósito un miembro de una familia rival. Y cómo evitar que mate a Stefano cuando se entere.

STEFANO

*H*an pasado dos semanas desde la última vez que vi a Nicolette. La vi salir de nuestra habitación en el Hotel Bluemont y sentí una extraña sensación en la boca del estómago. Esperaba que cediera y me enviara un mensaje, pero no lo hizo. Debí de empezar a escribirle una docena de veces, pero me detenía en mitad de cada mensaje y borraba lo que había escrito. Me dije que tenía que hacerlo. Si cedía antes, tendría que renunciar a lo que quería, que era algo más que una cita en un hotel una o dos veces por semana.

"Sigo adelante". Levanto mi copa para saludar a Cesare. "He estado pegado a esta chica demasiado tiempo. Ella era sólo un enganche, no mi "felices para siempre".

"Suenas como un libro de autoayuda," Cesare deadpans. "¿Qué otros clichés se te ocurren? ¿Hay muchos peces en el mar? No se trata de a quién conoces, sino de cuándo lo haces". bromea.

Me bebo media pinta de Big Wave, la cerveza de barril en oferta de hoy. "Pareces muy versado en tópicos de autoayuda, hermano".

Cesare resopla y pone los ojos en blanco; no es de los que se dejan llevar por las discusiones. "No es culpa mía. Kessa vive y respira libros de autoayuda".

Siempre olvido que la razón por la que mi hermano menor no tiene pareja es porque lleva una década ocupado saboteando las relaciones de su mejor amiga, Francesca Scot. "¿Sabes lo que no es sano?". Me inclino hacia él. "Perseguir a una chica que no te quiere". Es otro intento de provocarle, pero Cesare no cae en la trampa.

Una sonrisa cruel se dibuja en sus labios mientras cierra las manos en puños. Respira hondo unas cuantas veces y cualquier rabia que pudiera tener se desvanece como una marea que retrocede. "Ten cuidado, Stef. Te quiero, pero no dudaré en darte una paliza si sigues así. No me importa lo roto que tengas el corazón o lo borracho que estés".

Toqué un nervio. "Awww, que dulce sentimiento." Puedo sentir la cerveza subiendo a mi cabeza, pero me calmo antes de empujarlo demasiado lejos. "Sí que te importo". La verdad es que siempre me he sentido más unida a Cesare que a mis otros hermanos. Cesare conoció a Francesca en el instituto y se enamoró de ella al instante; salieron juntos durante un año antes de romper amistosamente, a pesar de que mi hermano la engañaba. Sin embargo, Francesca ha formado parte de su vida desde entonces. Era lo bastante joven para darse cuenta de que no estaban hechos el uno para el otro, y siguieron siendo amigos. Por supuesto, Cesare ha estado perdidamente enamorado de ella desde entonces. Su lado romántico es una de las razones por las que nos entendemos tan bien. Siempre he sido una romántica empedernida y él lo entiende.

Cesare bebe lentamente un gin-tonic mientras yo ahogo mis penas en cerveza. "Me importa que encuentres a la persona que te haga feliz, Stefano. Pero esa chica Calvino nunca iba a serlo", me explica con toda la delicadeza que puede. "Sé que te enamoras rápido o lo que sea, y que eres

un romántico como yo, pero ella solo tenía diecinueve años. Tú tienes treinta y tres. Eso nunca iba a funcionar". No señalo que los catorce años de diferencia de edad entre Nicolette y yo no son nada comparados con los dieciséis que hay entre Raniero y Calíope.

La verdad es que si Cesare me hubiera dicho esto hace dos semanas, antes de que Nicolette desapareciera de la faz de la Tierra, no le habría creído. Estaba encaprichado con la idea de Nicolette Calvino, y nada de lo que me hubieran dicho mis hermanos me habría hecho cambiar de opinión.

Pero ahora tiene sentido; la retrospectiva es 20/20 y todo eso. "Sólo estoy cansada, Cesare".

"¿Cansada de qué?" Me pregunta suavemente.

Tal vez sea la cerveza o los restos de mi corazón roto, pero la sinceridad fluye de mis labios en una corriente de pensamiento consciente. "Cansado de buscarla. No a Nicolette, sino al amor de mi vida. Tengo treinta y tres años -reitero-, ya debería haberla encontrado. Debería estar planeando nuestra boda y hablando de tener hijos. Deberíamos estar discutiendo si vamos a vivir en su casa o en la mía o si deberíamos vender las dos y comprar una nueva juntos. Deberíamos tener problemas de pareja". No lo que demonios sea que tengo ahora.

Cesare emite sonidos de acuerdo y asiente con la cabeza cada pocos segundos. "Está bien querer esas cosas, Stefano. No está bien dejar que esas cosas se apoderen de tu vida. Deseabas tanto estar enamorado que te convenciste a ti mismo de que estabas enamorado de un Calvino. Stefano, hermano", sonrío íntimamente Cesare, "no amabas a Nicolette; te lo prometo".

Tiene razón, pero no puedo evitar sentirme frustrado. No importa si la quería o no. Lo que importa es que tengo que seguir adelante y empezar a salir de nuevo. Necesito salir e intentar encontrar a la persona por la que se supone que siento algo.

"Lo siento, llego tarde". Raniero se deja caer con Gabriel en brazos. Juro que lleva a este niño a todas partes. "Este chico se ha hecho caca al salir de casa y he tenido que volver a entrar a cambiarlo".

Arrugo la nariz con disgusto. Me cabrea ver a Raniero tan feliz. Secuestró a alguien, la mantuvo prisionera como la Bella y la Bestia, y luego consiguió un felices para siempre. Él tuvo suerte con su felicidad, y yo ni siquiera puedo encontrarla cuando la busco intencionadamente. "Podrías haberte quedado en casa", pongo los ojos en blanco. "Cesare y yo estamos bien solos. ¿Verdad, Cesare?"

Mi hermano menor aparta la mirada y bebe un sorbo de su vaso; no va a involucrarse. Se da cuenta de que me estoy emborrachando y me amargo con ello. Faltarle al respeto es una cosa, pero cuando se trata de nuestro hermano mayor, si no es en broma, más vale que tengas una buena razón para ello.

"En realidad, es mejor que haya venido. Tengo noticias para ti". Raniero sienta a Gabriel en su regazo, y el niño juega con una pajita que la camarera le ha entregado unos minutos antes.

Sí, me fastidia que sea tan feliz con su joven y guapa esposa y su niño tan molesto. "No sé por qué eres feliz". Lo fulmino con la mirada para enfatizar mi frustración.

Raniero se queda con la boca abierta y luego se ríe. "¿Qué? Sacude la cabeza antes de preguntarle a Cesare: "¿Cuánto ha bebido?"

"Según mis cuentas, sólo esa cerveza", responde Cesare encogiéndose de hombros. "Pero el desamor es un acelerante".

"Supongo que sí". Raniero chasquea los dedos para llamar mi atención. "Escucha, no sé cuál es tu problema, pero qué tal si me dejas contarte lo que he aprendido, y luego puedes enfadarte por mi felicidad en tu tiempo libre".

Me están tratando como a un niño descarriado, pero ¿qué puedo hacer? Me siento como tal.

Estoy enfadada con ellos sin razón aparente y me enfado. Tengo suerte de que sean mis hermanos y no amigos casuales. Un amigo podría ofenderse por lo que digo cuando estoy enfadado y no querría volver a hablar conmigo. "Vale", murmuro, "pero que sea rápido".

Raniero ignora mi mala actitud porque es un buen hermano; yo debería aspirar a parecerme más a él. "Nick y yo hemos estado en conversaciones últimamente debido al juicio por asesinato de Daniel Prewitt. No somos amigos", dice encogiéndose de hombros con indiferencia, "pero en este caso estamos del mismo lado. Últimamente he estado hablando con su enviado y me ha comentado que Nicholas está angustiado porque su hija se ha marchado. Aparentemente es por eso que está atrasado en su parte del caso del asesinato de Prewitt. Maldito bastardo. Si Luca acaba en la cárcel, voy a culpar a Nick".

Ni siquiera recuerdo la segunda parte. Sé que Luca y su nueva esposa, Sloane, se casaron para evitar tener que testificar el uno contra el otro en un juicio, pero también son felices. Ahora mismo no me importan. "Espera. ¿A dónde fue Nicolette?"

"Por desgracia, nadie lo sabe". Raniero frunce los labios. "Tengo a un tipo en el KOC investigando".

Mi estómago se revuelve incómodo. "¿Has involucrado al club de moteros? ¿No tenemos a nadie en la familia que pueda investigar su desaparición?"

"Confío en los Reyes. Siempre he tenido una buena relación con ellos, y Luca me dijo que él y Saint trabajaron juntos hace poco. Sabemos tantos trapos sucios sobre los Kings Of Carnage como ellos sobre nosotros. Es una destrucción mutua asegurada si alguien delata a alguien", se encoge de hombros Raniero. "¿Pero quieres oír la mejor parte?"

"No lo sé. ¿Lo sé?" ¿Parezco tan apático como sueño? Nicolette se ha ido, y nadie sabe dónde está. Mi última esperanza de un romance relámpago se ha desvanecido en el aire. Le pedí una cita y ahora se ha ido. Probablemente sea culpa mía.

Raniero sabiamente pasa de mi insolencia. "Nicolette le dijo a su padre que estaba embarazada. Él exigió saber la identidad del padre, y ella no quiso decírselo. Supongo que dijo que iba a asesinar al tipo o algo así. Al día siguiente, ella había recogido todas sus cosas y se había ido".

Me doy cuenta como un tren lento. Todo el daño no se hace a la vez, pero para cuando ha terminado conmigo, me siento como una ruina de mi propia creación. "¿Nicolette está... embarazada?" Tengo que asegurarme de que sé lo que se dice.

"Sí", Raniero asiente con la cabeza.

"¿Y es mi bebé?"

Hace una pausa. "No lo sé. Quiero decir que sí, pero no conozco a la chica. ¿Se acostaba con otros hombres, o erais exclusivos?"

Nunca hablamos de exclusividad. De hecho, no hablamos mucho. "Tuve sexo sin protección con ella. Ella me dijo que lo tenía cubierto." ¿Nos pondría a los dos en riesgo así? ¿Jugaría con nuestra salud teniendo sexo sin protección con varios hombres al mismo tiempo? Eso no suena como ella.

"Entonces diría que hay muchas posibilidades de que seas el padre de ese niño".

No necesito acabar el resto de mi cerveza para sentirme borracho; la adrenalina ya se encarga de eso. "Voy a ser padre".

Excepto que la madre de mi bebé ha desaparecido.

NICOLETTE

Los adultos asumen la responsabilidad de sus decisiones. Los adultos hacen lo correcto incluso cuando apesta.

"¿Tú eres qué?" Mi padre es un hombre profundamente bronceado. Hasta el punto de que cuando se blanquea los dientes, el contraste es tan marcado que su sonrisa te echa para atrás. Apenas se le nota el rubor en las mejillas. Pero ahora mismo, a pesar del color de su piel, el rojo tiñe cada centímetro de su cara.

Me apoyo en la encimera de la cocina con una taza en las manos. Cuando soplo suavemente el líquido, el té envía una oleada de vapor hacia mi cara. "Estoy embarazada", repito.

Nicholas Calvino es un hombre apuesto se mire por donde se mire. Puede que mi padre me caiga mal, pero puedo admitir que entiendo por qué las mujeres se sienten atraídas por él. Irradia riqueza y poder, y no está mal mirarlo. Pero con su rostro contorsionado por la ira, entiendo por qué los demás también le temen. Parece el diablo reencarnado; en cualquier momento espero que salte por encima de la mesa de la cocina y me estrangule. "Si esto es una broma, Nicolette..."

Mi nombre suena vulgar saliendo de su boca, como alguien que escupe las palabras jódete cuando ha sido agraviado. "¿Te parezco de las que bromea sobre el embarazo?". Le miro por encima de la taza.

No le tengo miedo a mi padre. Solía tenerlo, como cualquier persona sensata. Pero cuando llegué a la adolescencia aprendí que mi padre nunca me haría daño directamente. Me tiraba los juguetes para darme una lección. Salía con mis profesores para mantenerme a raya. Invitaba a mis hermanos a un helado mientras me obligaba a sentarme y mirar. Pero mi padre nunca me puso las manos encima. A pesar de que sé que nunca me mataría con sus propias manos, debo admitir que parece un asesino.

Cuando por fin habla, es para preguntar quién es el padre. Me sorprende la moderación que muestra. Pensé que necesitaría a alguien a mi lado cuando compartiera esta feliz noticia con mi padre, pero se lo toma mejor de lo que esperaba. "El padre no es importante".

Le falta autodisciplina cuando le privo de la información que quiere. Se levanta de su sitio en la mesa de la cocina, agarra el borde de la madera y usa toda su fuerza para moverlo. La mesa se mueve de su sitio y se desliza contra la pared más cercana. La madera se clava en la pared y un crujido resuena hasta el techo. "Dime quién es el padre, Nicolette. Tiene que pagar por lo que ha hecho".

Puedo leer entre líneas su amenaza tácita: cuando descubra quién me hizo esto, lo matará: una vida a cambio de otra. "El acto fue consentido. Varias veces, en realidad. Incluso cuando fingía decir que no, me gustaba cuando me follaba, papá".

El color rojo de su cara se intensifica hasta alcanzar un hermoso tono granate. "Maldita sea,

Nicolette. Estoy harto de tu mierda. No quiero oír hablar de tu vida sexual y estoy harto de que te vistas como una puta de baratillo".

La taza se resbala de mis manos. Es como si mis dedos olvidaran cómo agarrarla, y la cerámica cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Intento retroceder del asalto del té caliente y la arcilla irregular, pero ya estoy lo más atrás que puedo con el mostrador detrás de mí. Una esquirla me corta el costado del pie mientras permanezco de pie, rodeado de mi locura más reciente.

"Por Dios", jura Nicholas en voz baja, "no te muevas". A pesar de llamarme puta, no tarda en coger una escoba y un recogedor y empezar a limpiar el desastre. Tengo los dedos de los pies rojos por el té que me salpica y me escuece la curva del pie de la pierna por el corte. Mi padre limpia en silencio. Una vez que ha barrido la taza rota, coge los paños de cocina y los tira al suelo para absorber la suciedad.

"Me quedo con el bebé", le digo cuando ha terminado.

Nicholas levanta la vista del suelo y me fulmina con la mirada. "No me jodas", jura. "¿Qué? ¿Creías que quería que abortaras a mi primer nieto?". Resopla con disgusto.

No sé qué esperaba, la verdad. Quería que se enfadara, pero más allá de eso, no estaba segura de lo que quería que ocurriera a continuación. "No sé lo que quieres, padre. Porque parece que quieres que me quede con este bebé pero que no esté con su padre".

Pone los ojos en blanco mientras se pone en pie. "No, lo que quiero es que pague el pedazo de mierda que te hizo esto. Tienes diecinueve años, Nicolette. No deberías estar embarazada; deberías estar resolviendo tu vida y tu carrera".

Para él es fácil decirlo; siempre ha sabido lo que iba a hacer con su vida. Su carrera le fue elegida cuando fue empujado fuera del canal de parto en primer lugar. Como el último de una familia de varones, lo único de lo que tengo que preocuparme es de no ser un lastre para la reputación de mi padre.

Nicholas tira las toallas sucias en el lavadero que hay junto a la cocina. Cuando vuelve, se lava las manos. "Te quiero, Nicolette; espero que lo sepas. No siempre te has portado bien, pero siempre has ocupado un lugar especial en mi corazón. Cuando tenía tu edad, era igual de salvaje y rebelde".

"Me cuesta creerlo", resoplo.

Sonríe, cierra el grifo y se vuelve hacia mí. "Tu abuelo tuvo que sacarme de la cárcel la noche que cumplí dieciocho años porque mis amigos y yo robamos un coche para dar una vuelta. Estaba cabreado. Creo que se enfadó aún más porque dos de mis hermanos estaban conmigo. Eran menores y estaban borrachos. Así que, aunque no les eché el licor por la garganta y yo no estaba bebiendo, me metí en problemas por ello".

Me parece una locura que mi padre montara en coche y llevara a cuestas a sus hermanos borrachos. El Nicholas Calvino que siempre he conocido ha vivido según sus propias reglas. Nunca le he visto recibir ni una multa de aparcamiento. "¿Cuándo cambiaste?"

Nicholas se encoge de hombros. "No lo sé exactamente, pero fue más o menos cuando conocí a tu madre. La eché un vistazo y supe que estaba perdido. Era más salvaje y loca que yo, y nos metimos en un montón de problemas juntos. En nuestra primera cita, me obligó a cenar y a correr, a pesar de que yo podía pagar la cena. En ese momento supe que era el amor de mi vida. Me recuerdas a ella, de hecho, y creo que por eso me enfado tanto contigo".

Le miro con el ceño fruncido. "¿Por qué? ¿Por qué?"

"Bueno", Nicholas se gira para imitar mi lenguaje corporal, "te pareces a Angelina. O te parecías antes de teñirte el pelo", dice con un tono burlón. "Pero cada vez que te miro a los ojos,

la veo a ella. Tus constantes travesuras me recuerdan a ella todos los días. Era una infernal hasta que se quedó embarazada de Giancarlo. Ahí fue cuando todo cambió para ella. Y sospecho que ahora que estás embarazada, las cosas también van a cambiar para ti".

No sé por qué siento como si esa realización me diera una bofetada en el pecho. De repente siento que no puedo respirar. "Tengo que irme". Empiezo a salir de la cocina cuando la mano de Nicholas se enrosca en mi brazo. Estoy a punto de zafarme de él cuando me señala el suelo. Miro hacia abajo y veo el rastro de sangre que estoy dejando a mi paso.

"Deja que primero te ponga una tirita", me dice con delicadeza. "Es difícil quitar las manchas de sangre de la alfombra". No tarda más de un minuto en irse, pero vuelve con una toallita húmeda y un botiquín. Me siento a la mesa de la cocina mientras él me limpia la sangre del pie cortado y me lo venda cuidadosamente. "Dime que el padre es un buen hombre", me pide cuando termina de curarme la herida.

¿Es Stefano Valenti un buen hombre? Es una buena pregunta. Si hubiera pasado más tiempo conociéndolo y menos intentando llevármelo a la cama, quizá lo sabría. "Creo que sería un buen padre, pero no sé si quiero contarle lo del bebé todavía".

La actitud de Nicholas se endurece mientras se echa hacia atrás para sentarse sobre sus tobillos. "¿Por qué no ibas a decírselo? Debería participar en la vida de su hijo, aunque sólo sea pagando la manutención y viéndolo los fines de semana. Si es un buen hombre, al menos hará eso".

Estoy segura de que Stefano querría más que los fines de semana. No le bastaba con llevarme a la cama; quería llevarme a una cita. Un hombre así querría involucrarse en la vida de su hijo. "El padre es un Valenti. Querría involucrarse, pero no sé si quiero que se involucre".

Mi padre pasa por una gama de emociones. "¿Tuviste sexo con un Valenti?" Pregunta enfadado. "¿Con cuál? Están todos casados".

Espero que no sea así; nunca vi un anillo en el dedo de Stefano. "Ahora mismo no es importante". Me levanto de la mesa de la cocina y le agradezco su esfuerzo.

"Exijo saber qué hijo de puta fue". Nicolás se pone en pie y me fulmina con la mirada. "Lo mataré, Nicolette. Lo mataré con mis propias manos. Todos esos bastardos Valenti deberían haber sabido que debían mantenerse alejados de ti". Su diatriba continúa incluso después de que salgo de la habitación. Le oigo maldecir y gritar mientras subo las escaleras.

Está enfadado, como sabía que estaría cuando decidí dejar que Stefano entrara en mí. Quería herir a mi padre quedándome embarazada. Quería que se enfadara cuando descubriera que me había acostado con un Valenti. He conseguido toda la venganza que una chica podría pedir, pero todavía siento que me falta algo.

Mis pies me llevan directamente a mi armario y preparo una bolsa. Sé lo que tengo que hacer incluso antes de decirlo en voz alta.

He pasado todos estos años intentando enfadar y cabrear a mi padre por una razón: por los actos inimaginables que hizo para alejar a mi madre. Sólo tenía cinco años cuando se marchó, y aún no sé por qué lo hizo.

La respuesta a mis problemas está en ella. Si puedo averiguar por qué hizo lo que hizo, quizá encuentre por fin la paz que necesito para dejar de meterme con mi padre.

Necesito encontrar a mi madre.

NICOLETTE

El dinero puede comprar mucha felicidad. Puede comprarte una casa y suficientes cosas para llenarla. Puede comprar comida para engordar. Puede comprarte un gimnasio para ponerte en forma. Pero lo más importante es que el dinero puede comprar respuestas.

Angela Calhoun. Ese es el nombre que mi madre eligió después de dejar a mi padre. No era particularmente inteligente o creativo, sólo un derivado de su nombre real. Pero no me importaba porque así era más fácil encontrarla.

Mi hermano me puso en contacto con un amigo suyo. El amigo tardó menos de veinticuatro horas en responderme con la información que necesitaba. Francamente, estaba preocupado. Si él podía averiguar dónde estaba mi madre después de tantos años en no más de un día, ¿lo sabía mi padre?

Sin embargo, no podía preocuparme por eso durante mucho tiempo: había cosas más importantes que hacer, incluido el largo viaje hasta Dakota del Norte. El amigo de Damiano dijo que podía darme el número de teléfono que utilizaba Angela, pero lo rechacé. No quería anunciar mi llegada sólo para descubrir que había huido. Después de tantos años, no quería descubrir que mi madre no quería saber nada de su familia. Esperaba, probablemente de forma egoísta, que alguna parte de ella aún me quisiera.

Manhattan, Kansas, a Stanley, Dakota del Norte, es un viaje de catorce horas si no paras a por comida o gasolina. Así que tardo un par de días en llegar. Hago largas pausas para comer y compro imanes de nevera de recuerdo en todas las paradas de camiones que encuentro. No sé por qué, pero me parece importante documentar este viaje.

Mi padre me llama una docena de veces y me deja varios mensajes en el teléfono. También me manda mensajes porque no tiene límites. Puede que yo no les dijera a mis hermanos que estaba embarazada, pero Nicholas sí. Recibo un aluvión de felicitaciones en el chat del grupo de hermanos; nadie pregunta quién es el padre.

Durante varias horas de camino a Dakota del Norte, me planteo contarle a Stefano lo del bebé. Merece saberlo. Al fin y al cabo, este niño es suyo en un 50%. Puede que le haya mentido sobre los anticonceptivos, pero una parte de mí quiere saber cómo reaccionará. ¿Se enfadará? ¿O dará un paso al frente y lo sacará del parque?

Creo que mi padre lo mataría. No es que Stefano sea el más problemático de los hermanos Valenti. Nunca supe su nombre antes de que termináramos juntos en el Hotel Bluemont. Pero no creo que a mi padre le importen detalles triviales como ese.

La otra mitad de mi tiempo la paso intentando averiguar qué decirle a mi madre. No la veo desde que tenía cinco años. Recuerdo que quise buscarla el día que cumplí dieciocho. Le escribí cien cartas y hablé con su memoria todas las noches antes de acostarme. Algunas personas

hablaban con Dios; yo hablaba con mi madre. Quería creer que estaba ahí fuera, en alguna parte, y que podía oírme.

Pero entonces cumplí dieciocho años y no la busqué inmediatamente. Pasaron los meses y me alegré de no saber nada de ella. Creo que tenía miedo.

¿Y si la encontraba y nunca había odiado a mi padre? ¿Y si simplemente ya no quería ser madre? ¿Y si yo fui la razón por la que se fue?

La gente dice que saber es poder, pero a veces, no saber también puede ser poderoso.

Cuando llego a su casa, me sorprende su tamaño. Yo he vivido toda mi vida en una mansión palaciega, mientras que mi madre vive en lo que sólo puede describirse como una choza.

La puerta principal estuvo pintada de rojo, pero ahora se ve cómo se desconcha la pintura y brilla la madera que hay debajo. Faltan algunas tejas en el tejado y algunos trozos de revestimiento parecen dañados por una tormenta. Hay un porche envolvente, pero sólo tiene una zona para sentarse. Todo parece sucio y asqueroso, como si le hiciera falta un lavado a fondo.

El amigo de Damiano debía de estar equivocado. Cuando buscó a Angelina Calvino, debió de equivocarse en Internet. Es imposible que mi madre viva aquí. Puede que una Angela Calhoun conduzca el destartado Kia aparcado en el césped, pero no mi madre.

Me preparo para la decepción mientras camino hacia la puerta principal. Los tres escalones que conducen al porche se sienten desvencijados bajo mi peso y me agarro a la barandilla para salvar mi vida. Por favor, no me dejes morir. Pero no hablo con mi madre ni rezo a Dios; sólo ruego por sobrevivir a este viaje.

Mientras llamo a la puerta, se me ocurre que nunca he sabido qué decirle. No me conformé con algo ingenioso y encantador. No decidí castrarla con mi ira.

Ahora no hay tiempo. La puerta se abre y oigo risas entre un hombre y una mujer. La persona que está ante mí luce una hermosa sonrisa; la hace parecer veinte años más joven. Sé inmediatamente que es mi madre.

"¿Puedo ayudarle? me pregunta mientras me mira cara a cara. Angelina es sólo un par de centímetros más alta que yo, pero sé que cuando tenga su edad, este será mi aspecto: una belleza atemporal.

"Soy yo". Es todo lo que puedo decir. "Nicolette."

El tiempo parece haberse detenido. El mundo sigue girando a nuestro alrededor, pero estamos atrapados en este momento. Mis ojos chocolate oscuro se encuentran con los suyos y un torrente de lágrimas rompe la barrera cuando ella se adelanta para abrazarme. "Nicky", respira en mi pecho, "me has encontrado. Después de todo este tiempo, me has encontrado".

Angela Calhoun está casada con Ronald Dowell; no se parece en nada a mi padre. Mientras que mi padre tiene la piel oscura, de tono siciliano, Ron parece que se quemaría con el sol al entrar en el supermercado. Mi padre no llega al metro ochenta, mientras que Ron mide 1,90 y es fornido. Mi padre me trata como a un grano en el culo, Ron me trata como a la hija que nunca llegó a tener.

"Tu mamá me contó todo sobre ti cuando nos reunimos". Lleva delantal cuando cocina; mi padre nunca lo haría. Está haciendo galletas para acompañar el té dulce que nos ha servido; mi padre no come un carbohidrato que no sea pasta. "Llevamos esperando a que cumplas los dieciocho".

Mi madre no me ha soltado la mano desde que llegué. Aunque nos sentamos a la mesa del comedor y compartimos un vaso de té helado, se aferra a mí como si no pudiera soportar

separarse. "Lo tenía marcado en el calendario", anuncia Angelina con timidez. "Ha sido una tortura esperar a que me encontraras".

Veo las manos grandes y fuertes de Ron amasar la masa de las galletas antes de extenderla. Está tan cómodo en su masculinidad que no le molesta que mamá le diga que se ponga el delantal. Se limita a mirar los lunares rosa pastel y se encoge de hombros antes de volver al trabajo. "¿Por qué nunca viniste a buscarme?". le pregunto frunciendo el ceño.

Ella frunce los labios y su mano aprieta la mía con más fuerza. "Es complicado, cariño. Seguro que ya sabes que tu padre no es un hombre normal". Podría repetirlo; nada en Nicholas Calvino ha sido nunca normal. "Nunca me pareció una buena idea volver a abrirme a él".

"¿Qué te hizo?" Hago la pregunta cuya respuesta he esperado toda mi vida. "¿Por qué te fuiste?"

La mano de Angelina se afloja alrededor de la mía, y veo cómo hace contacto visual con Ron. Tienen un vínculo tácito, los dos, y creo que viene de una década de matrimonio. Dicen que se conocieron un par de años después de que Angelina llegara a Dakota del Norte y que fue amor a primera vista. "Cuando me casé con tu padre, me atraía el peligro que entrañaba ser un Calvino. Me atraía su lado oscuro. Pero a medida que pasaron los años y empezamos a tener hijos, aprendí a tenerle miedo".

Me habla de las amenazas contra la vida de Nicholas. Que una vez iba en su coche y, cuando salió de una tienda con mi hermano mayor y los gemelos, había un tipo con una pistola. "Cuando se dio cuenta de que Nick no estaba conmigo, huyó. Tu padre dijo que nunca hacían daño a las esposas ni a los hijos, pero yo estaba aterrorizada desde ese momento. Porque, ¿y si alguien hubiera disparado primero y preguntado después? ¿Y si, por algún tipo de accidente, yo quedaba atrapada en el fuego cruzado?"

Ron mete una bandeja de galletas en el horno y se acerca para colocarse detrás de Angelina. Le pone las manos sobre los hombros y le masajea lentamente los músculos.

Angelina apoya la cabeza en su antebrazo y se deleita con su tacto. "Quería a tu padre, Nicolette, y siempre tendré un lugar para él en mi corazón. Pero ya no podía vivir así. Cuanto más crecáis, más me daba cuenta de que seguiríais sus pasos. Me aterrorizaba. Así que hice lo único que podía hacer: Huí".

Una parte de mí está disgustada por su confesión, pero otra parte la comprende. Las decisiones de mi padre han marcado mi vida desde el día en que nací. Estoy acostumbrada al estilo de vida que nos ha impuesto; creo que si todo desapareciera, incluso podría echarlo de menos. "Creo que he cometido un error", le confieso tras unos instantes de silencio.

Ella enarca una ceja. "¿Qué clase de error?"

"Es una larga historia".

Ron sonríe y consulta su reloj. "Tenemos toda la tarde, cariño. No me importa empezar a cenar temprano si los dos queréis poneros al día". Su energía es cálida y paternal, que es otra forma de que no sea como Nicholas. Cuando mi madre decidió volver a sentar la cabeza, lo hizo con el hombre menos parecido a Nicholas Calvino que existe. Y eso me encanta de ella.

STEFANO

Vale, Nicolette no ha desaparecido. De hecho, es fácil localizarla cuando Raniero me pone en contacto con Saint.

Pero no esperaba tener que viajar a Dakota del Norte para encontrar a la mamá de mi bebé; no tiene sentido. Puede que no haya tenido muchas conversaciones con Nicolette, pero se podría pensar que querer vivir en Dakota del Norte habría salido a relucir una o dos veces.

Un billete de avión a Minot, Dakota del Norte, y un vuelo accidentado más tarde, estoy delante de un agente de alquiler de coches, intentando explicar por qué no tengo ni idea de adónde voy. "Verás, aunque necesito llegar a Stanley, no estoy seguro de cuánto más tengo que conducir. No sé por qué eso es importante. Estoy pagando la gasolina. Estoy pagando el coche. ¿Por qué necesita saber mi itinerario?".

El agente de alquiler me dedica una sonrisa efervescente. "Señor, vamos a entrar en invierno, lo que significa nevadas ocasionales. Conocer su itinerario nos ayuda a determinar qué tipo de coche necesita. Si va a zonas donde las nevadas son más intensas, le daremos un coche más apto para el invierno. Si..." Levanto la mano para detenerla antes de que siga. "Sí, sí, lo entiendo. Ya lo has dicho. Te digo que no lo sé. Podría ir a cualquier parte. Sólo dame el vehículo que mejor vaya en la nieve".

"Tampoco podemos hacer eso porque si los viajeros saben que van a estar en zonas con más nieve, queremos asegurarnos de tener el inventario en stock".

Nunca había tenido tantas ganas de golpearme la cabeza contra una pared. "Señora, deme un coche o me iré a otro sitio. Problema resuelto. Estoy harto de discutir con usted. Si muero en la carretera porque no tengo neumáticos de nieve o lo que sea que tengan sus coches mejor equipados, es mi problema".

Me lanza una mirada escéptica antes de explicarme que si muero conduciendo uno de sus vehículos, se hará una investigación, y será más que mi problema.

"Firmaré los papeles de responsabilidad si hace falta. Me da igual. ¿Quieres que escriba en un papel que si muero no culpo a la empresa de alquiler? Porque lo haré si es lo que quieres". Mi actitud debe de estar afectando a la agente de alquiler de coches, porque resopla y empieza a teclear en el ordenador que tiene al lado. Unas pocas pulsaciones más tarde, ella manifiesta un billete para mí.

"Lleve esto al garaje y uno de nuestros empleados le traerá el coche. Necesitaremos una tarjeta de crédito por si devuelve el coche dañado". Sigue sonando profesional, pero si escuchas con atención, puedes oír la molestia en su tono.

Fue un desvío de una hora, pero por fin estoy de vuelta en la carretera. Nunca había estado en Dakota del Norte, y el paisaje es bonito. No debería quedarme tan embobado, pero no me cruzo

con demasiados coches de camino a Stanley.

Saint tenía un amigo que pudo rastrear el teléfono de Nicolette. Sé que lleva un tiempo escondida en este pueblucho de dos mil habitantes. Raniero investigó el lugar donde se alojaba y descubrió que había sido comprado por Angela Calhoun. Una investigación más profunda desenterró el historial laboral de la última década y un certificado de matrimonio, pero ninguna red social ni fotos de la mujer. Angela Calhoun es un fantasma, y no sé muy bien por qué.

Ojeo la radio durante la hora que dura el trayecto de Minot a Stanley. Cada pocos kilómetros, la emisora se corta y tengo que buscar otra. Paso de los 40 principales a la música country, al rap y finalmente a la clásica antes de que la carretera me lleve a Stanley. Los grandes éxitos de Beethoven suenan por el altavoz mientras reduzco la búsqueda a la casa donde se aloja Nicolette.

Me sorprende lo que encuentro cuando localizo el lugar; no es lo que esperaba. Vuelvo a comprobar la dirección para asegurarme de que estoy en la casa correcta, pero, efectivamente, es aquí. Dejo el papel en el asiento del copiloto y me miro en el espejo retrovisor. Todos mis cabellos están en su sitio y mi barba se ha moldeado adecuadamente. Tengo un aspecto muy respetable.

Cuando me acerco a la puerta principal, los escalones se tambalean un poco. Parece que le vendría bien una mano de pintura, pero eso no importa. Pulso el timbre y golpeo la madera. Me planteo llamar a Nicolette hasta que conteste, pero no quiero asustarla.

La mencionada Angela Calhoun es quien abre la puerta. Hay algo en ella que me resulta extrañamente familiar: lleva una sonrisa reconfortante mientras me saluda. "Hola. ¿Estás en el sitio correcto?"

Sonríó a la hermosa y vibrante mujer y veo algo en sus ojos que me recuerda a Nicolette. Me detiene en seco. Incluso cuando abro la boca para decirle por qué estoy aquí, es como si olvidara cómo hablar.

"¿Quién es?" Un señor mayor se acerca a la puerta. Se eleva sobre mí y lleva una mirada confusa. "Hola, hijo, ¿podemos ayudarte? ¿Se te ha averiado el coche o algo?"

Por alguna razón, esto me sacude de mi confusión. "Hola, sí, lo siento". Tropiezo con mis palabras y me siento estúpido. "No estoy segura de estar en la dirección correcta, pero ¿está Nicolette Calvino aquí?"

La mujer morena con los ojos de Nicolette da una palmada. "¡Tú debes ser Stefano!" Anuncia. "No pensé que vendrías, para ser honesto. Pero le dije a Nicky que en cuanto supieras que había desaparecido, aparecerías en la puerta. Pero ha pasado tiempo", dice frunciendo el ceño. "¿Hace cuánto que te enteraste?"

El hombre, presumiblemente su marido, extiende la mano para estrechármela. "Soy Ron. No hagas caso a Angela", dice con un guiño, "está cansada de los chicos italianos desde que dejó a Nicholas".

No sé qué decir al respecto. Abro la boca para responder y luego la cierro. La mano de Ron se cierra en torno a la mía y tiembla lo suficiente por los dos.

"Entra", insiste Ron. "Te pondremos al día, hijo".

Debo de parecer tan confuso como me siento, pero los sigo al interior de la casa. No es tan grande como la mansión de la familia Valenti, ni siquiera tan grande como mi casa, pero es acogedora. Desde la chimenea del salón hasta las mantas esparcidas por todos los sofás y sillones, dan ganas de acurrucarse con una taza de chocolate caliente y un buen libro.

"Has venido". De un rincón de la habitación en el que aún no había reparado llega un suspiro de alivio. Veo a Nicolette con el pelo teñido recogido en una pinza y una manta extendida sobre su regazo. Lleva unas gafas negras de ojo de gato que la hacen parecer más sabia de lo que es.

"Mamá dijo que lo harías, pero yo tenía mis dudas".

¿Es la madre de Nicolette? Me giro para mirar a la mujer mayor y, de repente, me doy cuenta de por qué me resulta familiar. Angela Calhoun es el aspecto que tendrá Nicolette dentro de treinta años, y es precioso. "Estás embarazada". La fulmino con la mirada desde el otro lado del salón. "Te fuiste de la ciudad con mi bebé".

Nicolette asiente con la cabeza. "Sí, me fui. Ni siquiera intenta negarlo.

"Bueno", me pongo nervioso ante su mirada, "no lo toleraré. Es mi hijo tanto como el tuyo. Volverás a Manhattan conmigo. Recoge tus cosas. Tenemos que ver a un médico".

"Espera, cariño". Angela me toca el brazo cuando empiezo a caminar hacia su hija. "Antes tengo que hacerte unas preguntas. No vengas a mi casa a decirle a mi hija lo que tiene que hacer. Ahora, si no te importa, hablaremos primero en la cocina".

Abro la boca para discutir con ella, pero su marido se queda de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, con cara de músculo que va a respaldar las exigencias de su mujer. No le tengo miedo a Ron. Apuesto a que podría con él en un apuro, pero no quiero cabrear a la familia de Nicolette. Así que doy media vuelta y me dirijo a la cocina.

Si quieren hablar, hablaremos. Pero digan lo que digan, Nicolette volverá a Manhattan conmigo.

STEFANO

*M*i mamá me enseñó a amar mucho. No sólo a la gente, sino a amar las cosas que hago. Fue mi padre quien me enseñó a defenderme.

Entro en la cocina con decisión y me elevo por encima de Angela Calhoun. Me cuadro de hombros y me dispongo a decirle que, diga lo que diga, me llevo a Nicolette conmigo. Pero entonces su marido entra en la habitación, me enseña los dientes y me pregunta si quiero un té. Estoy tan sorprendida que acepto, y ni siquiera me gusta el té.

"¿De hibisco", pregunta Ron, "o verde?".

Me encojo de hombros. "Eh, ¿el verde está bien?".

Angela me prepara una silla y me hace pasar. Su hospitalidad es tan desagradable. Creía que iba a pelearme con ella para recuperar a Nicolette, y aquí está, tan dulce como un pastel de melocotón. "Cariño", empieza con esa bonita sonrisa suya, "¿qué intenciones tienes con mi hija?". Ron lleva la misma sonrisa perdurable en la cara mientras se apoya contra la estufa mientras deja que la tetera empiece a hervir.

"Bueno, francamente, pienso hacer de ella una mujer honesta. Al fin y al cabo, lleva a mi hijo". Mi indignación por haber sido abandonada en Manhattan sin tener la menor idea de que la mujer que me importaba estaba esperando un hijo mío está totalmente justificada.

La mujer mayor cruza la mesa para darme una palmadita suave en la mano. "Eso está muy bien, cariño, pero ¿en qué te diferencias de su padre? Supongo que conoces a Nicholas Calvino. Creo que tiene más edad que mi hija".

Me remuevo incómoda en mi asiento y le retiro la mano antes de colocarla en mi regazo. Había olvidado que había una gran diferencia de edad entre Nicolette y yo: catorce años. "Con el debido respeto, señora Calhoun, Nicholas Calvino y yo no nos parecemos en nada. Es un tirano que no puede pensar con claridad cuando tiene los ojos en el premio".

Angela levanta una ceja. "¿Qué crees que estás haciendo?".

Abro la boca para responder, pero la cierro rápidamente. Estaba a punto de decir que estoy recogiendo lo que es mío. Sin embargo, se me ocurre que eso es precisamente lo que haría Nicholas. Perseguiría a una mujer hasta el fin del mundo si fuera necesario.

"Eso es lo que pensaba". Angela toma mi silencio como una admisión de culpa, y no se equivoca. Soy la persona que me acusa de ser. "Quiero a mi hija y, francamente, quiero a mi ex marido. Fue bueno conmigo, pero el estilo de vida que llevan ustedes es lo que me alejó. No crecí con el tipo de peligro al que se enfrentan vuestras familias. No fue hasta que me casé con Nicholas que descubrí lo peligroso que era sobrevivir".

Tiene sentido. He pasado toda mi vida aprendiendo a los pies de mi padre. Las lecciones que enseñó a los chicos Valenti eran todas iguales. Tratar con los enemigos no sólo era importante en

el negocio familiar, era importante en todos los aspectos de la vida. Papá nos enseñó a hacernos amigos de la gente pequeña y de la gente importante. Nunca sabes cuándo alguien que creías que no valía nada se convierte en la persona exacta que necesitas en una crisis'. Crecimos sabiendo que la muerte formaba parte de la vida. En la época de mi padre, tenía que preocuparse de los atentados con coche bomba y de que le dispararan por la calle. Ahora nuestro estilo de vida es más civilizado. Los hombres te matan en la cama y utilizan a tu mujer para hacerlo'. Las lecciones que aprendí a sus pies me sirvieron en todos los aspectos de la vida.

"Señora", silba la tetera detrás de Ron y él la atiende rápidamente, "a su hija la educaron igual que a mí".

"Corrección", añade Angela, "fue criada como una mujer en el estilo de vida. Le dijeron que fuera educada y correcta, que siempre fuera una dama y que nunca le diera todo a un hombre hasta que él estuviera dispuesto a pagarlo".

Asiento con la cabeza. "Sí, a tu hija la educaron de forma ligeramente diferente. Esta cultura nuestra es machista, de eso no hay duda, pero tu hija ha desafiado las expectativas que Nicholas puso en ella. Estoy seguro de que puede ser educada y correcta si quiere, pero la Nicolette Calvino que conozco es una bomba atómica. Llega a tu vida y lo revienta todo. Vive para el caos y para romper las reglas. Si hay alguien que puede manejar lo que significa ser la esposa de un hombre hecho, es tu hija".

Angela mira más allá de mí hacia donde Ron está parado en la estufa. Está poniendo unas bolsitas de té verde en la tetera, pero la mira a los ojos. Comparten una conversación a través de expresiones faciales y estratégicos levantamientos de cejas antes de que Ron se aclare la garganta. "Stefano, ¿dijiste que era?". Confirma. "Te voy a ser sincero, sólo conozco a Nicolette desde hace unos días. He oído hablar de ella a su madre, pero hace poco que la conozco. Tienes razón en lo de la bomba atómica, lo reconozco", dice con una profunda carcajada.

Pero al cabo de unos segundos se tranquiliza por completo. Cualquier rastro de humor desaparece de sus facciones mientras aprieta la mandíbula y junta las cejas con toda seriedad. "Pero conozco a Angela desde hace años. Hemos hablado de todo, hijo. No pretendo conocer tu estilo de vida ni entender lo que ocurre en familias italianas como la tuya. Lo único que sé es cómo se sentía mi mujer cuando empezó a salir conmigo. Recuerdo las dudas que mostraba cada vez que me ponía de mal humor o me pasaba algo malo. Era como si estuviera esperando a que cayera el otro zapato. Tardó años en superar el trauma que le supuso estar casada con un hombre hecho y derecho", subraya. "No quiero eso para Nicolette. Sé que no es mi hija, pero esto vale para cualquier mujer. No quiero verlas encogerse de miedo porque el coche empieza a hacer un ruido raro y creen que va a explotar."

"Eso nunca ocurriría", le tranquilizo de inmediato.

"Eso no importa", responde él. "Los accidentes ocurren. Y no quiero que le ocurra un accidente a esa joven".

La verdad es que yo tampoco. La necesito viva y sana. La necesito entera y hermosa. Si vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, no puedo permitirme que ocurra un accidente.

Pero tampoco puedo dejar atrás el legado de la familia Valenti. No puedo despedirme de todo lo que mi familia me ha dado. No puedo rechazar las peticiones de mi hermano cuando sé que sólo me pide que haga algo que nos beneficiará.

"Primero, gracias. A los dos. Entiendo sus preocupaciones, sobre todo teniendo en cuenta que las familias Valenti y Calvino no están necesariamente en los mejores términos. Podría llevarme a Nicolette de vuelta a Manhattan para ser madre soltera si Nicholas tiene algo que decir al respecto. He oído que quiere matar al responsable de dejar embarazada a su hija". No creas que

no he pensado en mi propia mortalidad cada noche desde que descubrí que Nicolette estaba embarazada. Sólo he considerado que mi muerte potencial vale un poco de riesgo.

"Pero ella es mi responsabilidad ahora. Me quiera o no en su vida, está embarazada de mí. Soy responsable de asegurarme de que tiene ropa en la espalda y comida en la boca. Soy responsable de llevarle y traerle del médico. Soy responsable de que vaya a la escuela y aprenda todo lo que pueda. Puede que Nicolette no quiera salir conmigo o estar conmigo y si ese es el caso, cruzaremos ese puente cuando lleguemos". Dolerá, pero merecerá la pena; eso es lo que me repito a mí mismo. "Pero que ella quiera o no estar conmigo no me exime de mis deberes y deseos. No me quita las ganas de ser padre. No disminuye mis responsabilidades. En todo caso, me da más. Porque soy responsable de que ese niño sepa que es amado por sus dos padres aunque no pudiéramos amarnos el uno al otro. No me tomo nada de esto a la ligera; es lo más importante que me ha pasado nunca".

Ron desliza una taza de té delante de mí. Miro el humeante líquido marrón durante unos segundos antes de llevármelo a los labios y beber un sorbo. Es horrible, tal y como esperaba. Nunca he bebido té, pero la costumbre dicta que cuando alguien te da comida o bebida, se lo agradeces y te lo comes sin rechistar. "Ahora, si no te importa, hay una joven en el salón con la que necesito hablar. Tenemos que pensar en el resto de nuestras vidas y, por mucho que me guste charlar contigo, creo que la relación que ella y yo estamos construyendo es más importante."

Me levanto de mi asiento para excusarme cuando Ron me da una palmada en el hombro. "Eres un buen hombre, Stefano. Si Nicolette decide ir contigo, no se lo impediremos".

Respiro aliviado. Ahora solo tengo que convencerla.

NICOLETTE

Oí todo lo que decían en la cocina; la casa de mi madre no es grande ni está bien aislada. No es la única conversación que he escuchado en el tiempo que llevo aquí. Una vez, hace un par de noches, oí a Ron y a mi madre intercambiar votos de amor antes de tener relaciones sexuales. Esa noche me puse tapones para los oídos, pero no puedo decir lo mismo de hoy.

Sé que a mi madre y a Ron les importa lo que nos pase a mí y al bebé. Cuando le conté cómo surgió todo esto, no supo muy bien qué decir. Se culpó de mi obsesión de toda la vida por rebelarme contra mi padre. Pensó que si hubiera vuelto o se hubiera quedado para dar explicaciones, quizá yo no estaría en la situación en la que estoy ahora. Pero la verdad es que su marcha fue sólo una parte de los motivos por los que me convertí en la persona que soy. Siempre he sido un poco salvaje, incluso antes de que se fuera. No creo que hoy estaría en esta situación si ella se hubiera quedado, pero no estaría muy lejos.

Cuando Stefano entra, tiene una mirada decidida. Desde mi punto de vista, parece que está a punto de decirme lo que tengo que hacer. Si mi padre entrara en la habitación con ese temperamento, me pondría inmediatamente a la defensiva. Pero Stefano no me asusta. Nada en él me hace querer patear, gritar y chillar. Tiene todo el fuego y la dureza de sus hermanos, pero cuando está conmigo, sólo veo su lado suave.

"Vas a volver a Manhattan conmigo", me dice tajante.

Si no acabara de escuchar su perorata a Angelina y Ron, me enfurecería con él. Entre las hormonas y mi inclinación natural a ir en contra de lo que otros me dicen que haga, puede que incluso consiguiera rechazarle. "No voy a volver allí si tengo que vivir con mi padre". Lo admito, Nick y yo nos unimos la última vez que estuvimos juntos, sólo un poco. Me contó un par de historias que me hicieron verlo a través de lentes más claros. Pero ya no puedo vivir con él. Creo que es hora de mudarme y ser mi propia persona.

Stefano toma asiento en el sofá, perpendicular a mí. Su rodilla se apoya en la mía y coloca una mano sobre ella. "Me parece bien. Tengo mucho espacio en mi casa. Probablemente no sea tan grande como la de Nicolás, pero es suficiente para una familia de tres".

Tengo miedo de vivir con él. Siento que el miedo me recorre el cuerpo como si me echaran un cubo de agua fría en la cabeza. "Quiero mi propia habitación. No quiero dormir contigo".

Una sonrisa dobla la comisura de sus labios hacia arriba. "Si tú lo dices, Nic, pero sí quieres dormir conmigo. Recuerdo la última vez que estuvimos juntos. Tenías tantas ganas de correrte como yo".

Mis mejillas se sonrojan de un rosa pálido y desvío la mirada para que no vea el rubor. "Eso es diferente", tartamudeo al cabo de unos segundos. "No dormimos juntos, Stefano. Follamos". Decir esas palabras con mi madre a una habitación de distancia me pone nerviosa, pero soy

adulta. Puedo hacer lo que quiera, incluso acostarme con hombres que casi me doblan la edad.

"Si quieres tu propia habitación, está perfectamente bien". Me aprieta la rodilla. "Pero al final te darás cuenta".

Petulante, añado: "No quiero casarme". Eso ni siquiera es verdad. Quiero casarme algún día. Quiero el vestido blanco y el elegante salón de recepciones. Quiero elegir las flores y celebrar una despedida de soltera y todo lo que hacen las novias". Pero la confianza de Stefano me desconcierta y tengo que decir algo, lo que sea, para recuperar el control.

Esta vez, cuando Stefano me aprieta la rodilla, hay tensión en las yemas de sus dedos. La expresión de su rostro se endurece cuando inclina la cabeza para mirarme. "Nicolette, solo te lo voy a decir una vez. Si no quieres estar conmigo, no pasa nada. Lo entenderé si no somos compatibles o si hay circunstancias atenuantes que nos impiden estar juntos. Aún así te dejaré vivir en mi casa hasta que quieras irte. Nada tiene que cambiar hasta que tú quieras", me asegura.

"Pero", empieza Stefano bruscamente, "si decides estar conmigo, nos casaremos. Pasaré el resto de mi vida haciendo todo lo posible para que seas feliz. Haré todo lo que esté en mi mano para que tú y nuestro hijo estéis a salvo. Todo lo que pido a cambio es tu compromiso conmigo. Quiero que lleves mi anillo y mi apellido. Quiero que todos los hombres vivos sepan que estás tomada. Quiero que todos los hombres tengan miedo de tocarte. Porque no te equivoques, si decides estar conmigo, mataré a cualquier hombre que se atreva a ponerte un dedo encima nunca más".

Me estremezco inesperadamente. Los celos desnudos y la posesión de Stefano tocan una fibra sensible en mi interior. Mi padre me ha tratado como una propiedad toda mi vida; le pertenezco desde el día en que nací y adopté su nombre. Eso me hizo odiarlo; debería hacerme odiar a Stefano por la misma razón. Pero viniendo de sus labios, suena como agua para un hombre que se muere de sed. Suena como todo lo que no sabía que quería. En lugar de una maldición, suena como una bendición.

Esta relación no tiene que ser sobre el control. No tiene que ser sobre enfadar a mi padre. Creo que nuestra relación podría ser sobre nosotros si lo permito. "Vale", le digo. "Aunque todavía no sé si quiero estar contigo".

"No pasa nada", dice encogiéndose de hombros. "Tenemos tiempo de sobra para descubrirlo".

Nunca esperé a Stefano. Quiero decir, sólo tengo diecinueve años. Pero cuando pensaba en mi futuro, no lo imaginaba con un hombre como él. No sé por qué; no sé si me imaginaba a alguien, en realidad. Simplemente estaba absolutamente segura de que no quería a mi padre. Creo que saber lo que no quería nubló mi juicio lo suficiente como para no poder determinar lo que sí quería.

Stefano es como mi padre en muchos aspectos, pero tan diferente a él en otros. Puedo verle siendo mi Ron, mi "felices para siempre". Sólo necesito dar el primer paso. "Una última petición".

Su agarre en mi rodilla se afloja mientras asiente con la cabeza para que continúe.

"Quiero venir a visitar a mi madre al menos dos veces al año. Y quiero que ella y Ron vengán a visitarnos. Ahora que la he encontrado, no quiero volver a perderla". Hace catorce años que no tengo relación con mi madre; no puedo permitirme pasar tanto tiempo sin ella otra vez.

"Por supuesto", Stefano frunce el ceño. "Eso es un hecho. Espero que mantengas el contacto con tu padre. ¿Por qué iba a impedir que pasaras tiempo con tu madre?"

Un suspiro de alivio me atraviesa. "No sé. Pensé que venir aquí rompería el acuerdo".

Stefano vuelve a sonreír. "Por supuesto que no. No creo que me guste conducir hasta aquí,

pero si es lo que quieres, me haré un hueco. Lo haremos una vez al mes, incluso".

"Eso no lo sé", sonrió. "Pero cada pocos meses, tal vez. También podríamos volar".

Asiente con la cabeza. "He volado antes a Minot. Es un bonito aeropuerto. Está a sólo una hora en coche".

Veo el resto de nuestras vidas extenderse ante mis ojos. Stefano y yo caminando de la mano mientras nuestro hijo está en el patio de recreo. Los dos conduciendo de Minot a Stanley cada pocos meses. Nuestro hijo yendo a un colegio público en Manhattan en lugar de ser enviado a un colegio privado a miles de kilómetros. Envejecer juntos. Ser abuelos.

Es curioso cómo cambia la visión de tu vida cuando cambian tus prioridades. "Volvamos a Manhattan", decido al cabo de unos instantes.

Las palabras suenan diferentes saliendo de mis labios. Él apareció exigiendo que volviera; yo vuelvo por decisión propia. Es el mismo resultado, pero por medios distintos. Nadie me obliga a estar con Stefano, es una decisión que tomo yo sola.

EPÍLOGO

*N*icolette - 7 meses después

"Ni siquiera quiero estar casada contigo". Una capa de sudor me cubre la frente mientras me agarro a la barandilla de la cama. Otra contracción sacude mi útero como un tornado. Juro que me jode todos los órganos internos mientras arrasa mi cuerpo y me deja destrozada.

Stefano está a mi lado con la puta sonrisa más alegre que he visto nunca mientras me aplica un paño húmedo en la frente. "Sí, tienes que hacerlo", insiste. "Cuando te pongan la epidural y todo esto acabe, volverás a quererme".

Me tiemblan los ojos cuando le miro. "No te lo puedes creer de verdad. No pensarás que voy a empujar a tu bebé cabezón fuera de mi vagina y seguir queriendo estar contigo. Estás loco". Ese es el dolor hablando. Todas las clases que tomé decían que respirara durante las contracciones y te diré una cosa gratis: eso es mentira. Mi útero está tratando de expulsar a este niño y se siente como si me estuviera desgarrando para hacerlo. A la mierda respirar por el dolor.

"Mis hermanos dijeron que existía la posibilidad de que fueras hostil durante el parto. Dijeron que no me tomara nada de lo que dijeras como algo personal porque el dolor por el que estás pasando es algo que yo nunca tendré que experimentar, y que simplemente debería estar agradecida por estar aquí". La forma en que lo dice me molesta. Tanto que le agarro la muñeca y se la aprieto con todas mis fuerzas; una mueca de dolor cruza la cara de Stefano.

"Escucha, colega, te quiero, joder. Probablemente también amaré tu estúpido culo cuando esto termine. Pero ahora mismo, no te pongas contento y esa mierda hasta que haya conseguido las drogas buenas. Sólo me cabrea más". Mi ira se apaga a medida que la contracción se disipa. Ya no siento como si alguien me estuviera apretando el útero con la mano. Sin embargo, no voy a dejarme llevar por una falsa sensación de seguridad. Sé que en unos tres minutos tendré otra contracción.

Stefano me quita la mano con cuidado y me besa en la frente. "¿Quieres más trocitos de hielo?".

Asiento con la cabeza, sintiéndome miserable con cada movimiento que hago. "¿Cuándo va a llegar mi madre?". Llevo tres horas de parto. La llamé cuando empezaron las primeras contracciones y ella y Ron dijeron que cogerían el primer vuelo disponible.

"Déjame ver", murmura Stefano frunciendo el ceño. Saca el móvil del bolsillo trasero y lee el mensaje. "Vale, su vuelo sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Va a pasar por Denver y luego por el aeropuerto de Manhattan, pero tienen una hora de escala en Denver. Así que el aterrizaje

aquí debería ser en unas seis horas. Enviaré a uno de mis hermanos al aeropuerto a recogerlos para que no tengan que coger un coche".

Dios bendiga a los hermanos Valenti porque no creo que pueda esperar a que Angelina alquile un coche. Sé que sólo serán unos minutos más, pero quiero a mi madre aquí ya. "Seis horas es una eternidad", me quejo.

Stefano me acerca el cubo de cubitos de hielo. "Sí, pero con suerte, cuando el anestesista termine con la madre en la otra habitación, llegará hasta ti y pasarás la mayor parte de las próximas seis horas sin dolor".

Sin dolor. Sin dolor. Esas palabras suenan como una carta de amor. "Dios, eso espero", gimo. "Sabía que iba a ser el peor dolor de mi vida, pero vamos, joder. Siento como si esta cosa intentara desgarrarme".

Es tan tierno y cariñoso como lo ha sido desde que lo conocí. Stefano vuelve a coger la toallita y va a pasarla por debajo del fregadero mientras yo chupo trocitos de hielo. "Lo siento, cariño. Si pudiera, te quitaría el dolor".

Ha sido un embarazo largo, con contracciones de Braxton Hicks desde que estoy de 33 semanas y estrías oscuras pintándome la barriga. Stefano me ha elogiado cada vez que hemos hecho el amor, diciéndome que soy la más guapa que he estado nunca, pero seré sincera, estoy deseando volver a tener mi cuerpo.

Este bebé ha cambiado toda mi vida. A pesar de odiar a mi padre por lo que dijo sobre que un bebé me asentaría, tenía razón. Soy una persona diferente a la que era hace nueve meses cuando conocí a Stefano en Porters. Mi padre diría que soy mejor persona, pero por eso no le pregunto, porque no me importa su opinión.

"¿Está bien si llamo a Nick?" pregunta Stefano como si me leyera el pensamiento. "No tenemos que dejar entrar a tu padre", añade rápidamente, "pero creo que deberíamos hacerle saber que estás de parto".

Siempre me asombra lo leal que es Stefano con la familia. Incluso cuando se enfrentó a mi padre después de que volviéramos de Minot, no tembló de miedo ni suplicó perdón. Se quedó allí y le dijo a mi padre que me quería y que iba a cuidar de mí sin importar lo que me deparara el futuro. Le dijo a Nicholas que si rompíamos, siempre estaría ahí para nuestro hijo. Y si por alguna razón muere, dijo que sus hermanos se asegurarían de que yo tuviera todo lo que necesitara.

Si Stefano viniera de cualquier otra familia italiana, mi padre lo recibiría con los brazos abiertos. Pero como es un Valenti, Nicholas lo mira con desconfianza en todo momento. Aun así, creo que mi padre está empezando a aceptar a los Valenti, aunque solo sea porque Stefano y yo anunciamos nuestro compromiso hace un mes.

"Sí", respondo entre dientes. La siguiente contracción me sorprende y empieza a activar mi núcleo como si fuera el peor entrenamiento de mi vida. Me agarro a las barandillas de la cama y espero a que pase. Stefano me susurra cosas dulces al oído y me ofrece una mano para que me agarre. No se queja ni un segundo cuando se la aprieto tan fuerte que empieza a ponerse roja.

Durante una contracción, todo deja de existir. No creo que me diera cuenta si Stefano cayera muerto a mi lado. El dolor es tan exquisito que borra cualquier pensamiento de mi cabeza mientras caigo en medio de un remolino de agonía. Y esto ni siquiera es lo peor.

Cuando la contracción disminuye, suelto la mano de Stefano y me apoyo en las almohadas. "Sí", repito mi respuesta. "Puedes decírselo a mi padre".

"¿Necesitas algo?" Stefano se frota la mano dolorida, pero no siento compasión por él. Niego con la cabeza y veo cómo marca el número de mi padre.

Durante unos segundos, el único sonido en la habitación es el del monitor emitiendo zumbidos y pitidos. Entonces Nicholas coge el teléfono, presumiblemente, porque Stefano empieza a hablarle. "Hola, Nick. Sólo quería que supieras que Nicolette y yo estamos en el hospital. Está de parto, pero sólo ha dilatado cuatro centímetros. El médico cree que tardará unas horas más, pero el anestesista vendrá en breve para ponerle la epidural."

Nicolás dice algo al otro lado, lo que hace que Stefano se detenga en mitad de la frase. Hace un par de murmullos de subida antes de lanzarme una mirada. "Bueno, no lo sé", hace una pausa. "Como puedes suponer, Nicolette quiere a su madre aquí y si Angelina llega a tiempo, será admitida en la habitación. Pero ahora mismo, no estoy seguro de que Nic quiera que estés aquí para el parto".

Más silencio, pero ahora puedo oír cómo levanta la voz Nicholas. Stefano lo calla sucintamente. "Aprecio que quieras estar aquí para tu hija, y le haré saber que te gustaría estar aquí cuando nazca tu nieto, pero por favor, respeta sus deseos también. Si ella decide no tenerte en la habitación -su voz se eleva mientras mi padre protesta al otro lado de la línea-, entonces no serás admitido en la habitación. Si montas un escándalo, Nick, haré que mis hermanos te acompañen fuera del hospital. Tu hija no necesita esto hoy".

No sé qué dice Nicholas para protestar, pero Stefano le cuelga. Su teléfono empieza a sonar de inmediato y lo arroja al borde de mi cama de hospital. Noto las vibraciones a través del colchón, pero lo ignora. "Va a venir, pero como seguro que has oído, está un poco enfadado porque no quieres que esté en la habitación mientras das a luz".

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza. "Se puede comer una polla. Sólo ha sido amable conmigo porque estoy embarazada. Ya verás", le advierto, "cuando el bebé salga de mí, volverá a portarse como un gilipollas".

Stefano me coge la mano y se la lleva a los labios. La caricia de su piel contra la mía me tranquiliza. "Entonces no verá a su nieto. Problema resuelto. Nic, cariño, no tenemos que relacionarnos con tu padre más de lo que tú quieras. Es tu elección, cariño; yo sólo estoy aquí para hacerla cumplir".

En ese momento, me doy cuenta de lo peor que podría haber sido mi situación. Podría haber elegido tontear con otro chico. Podría no haber estado tan interesado en ser padre como Stefano. Podría no haber sido capaz de enfrentarse a mi padre. Podría no haber estado dispuesto a aguantar mi histeria hormonal cuando aparecimos en el Sonic cinco minutos después de que cerraran y lo único que yo quería eran aros de cebolla.

El destino tiene una forma curiosa de traerte a la persona adecuada en el momento adecuado. Pensé que Stefano era un ligue de una noche. Me acosté con él en el baño de Porters y luego planeé seguir adelante y nunca volver a verlo. Pero él me localizó y me demostró que era diferente.

"Está bien", tranquilizo a Stefano después de unos momentos. "Mi padre no es tan malo, supongo". Llevo años haciéndole pasar por un monstruo sin conocer todos los hechos. Creía que había hecho daño a mi madre y que por eso se había marchado, pero la verdad era que ella no podía llevar el estilo de vida que conllevaba estar casada con él. Le hice pasar por un montón de mierda que podría haberse evitado si mi madre hubiera sido sincera. Sé que tenía miedo de Nicholas, pero aún así, parte de esto es culpa suya.

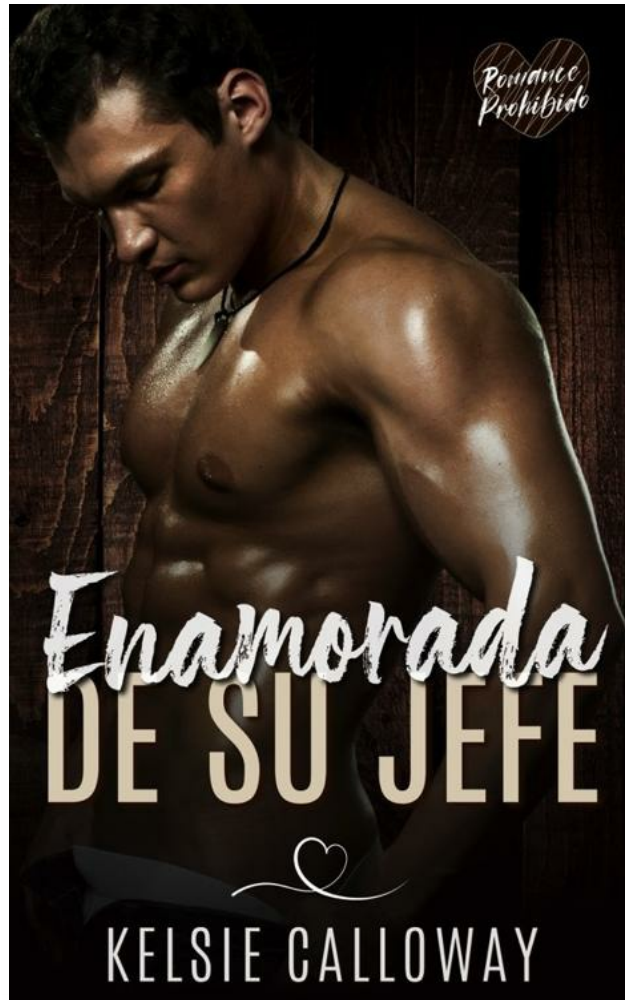
"Estamos arreglando nuestra relación", le digo a Stefano. "En parte es mi culpa que nos peleemos todo el tiempo". En realidad, creo que Nicholas está siendo más amable conmigo porque estoy embarazada y porque he dejado de ser un grano en el culo. Es una calle de doble sentido. Creo que siempre tendré problemas con mi padre, pero los estamos superando.

"Joder", gruño cuando la siguiente contracción me aprieta el útero.

Se abre la puerta de la habitación del hospital y entra el anestesista. Lleva una sonrisa alegre que me dan ganas de tirarle algo. "¿Señora Calvino?" Pregunta. "¿Está lista para la epidural?".

Apenas puedo responder mientras la contracción se intensifica, así que Stefano lo hace por mí. Dios lo bendiga. Elegí a un buen hombre, aunque fuera por accidente.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>